DESPLEGADO

CURSOS Y CONFERENCIAS

REVISTA DEL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
BIBLIOTECA
BUENOS AIRES

DESPLEGADO

SUMARIO

★

RENATA DONGHI HALPERIN: De "La vita nova". — RODOLFO PUIGGROS: Mariano Moreno: Entre Solórzano y Rousseau. — JOSE A. GILLI: Ubicación histórica y psicológica del Taylorismo. — FRANCISCO ROMERO: Tiempo y destiempo de Alejandro Korn. — Vida del Colegio. — Los libros.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

AÑO XV
Volumen XXIX
Número 172

JULIO
1946
BUENOS AIRES

DESPLEGADO

CURSOS y CONFERENCIAS

REVISTA DEL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES

Aparece el 30 de cada mes

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 189.874

La revista publica las versiones taquigráficas de los cursos y conferencias que se dictan en el COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES, revisadas y autorizadas por los mismos profesores, como también trabajos de señalado interés científico y cultural.

Además, en su sección de comentarios a libros y revistas, se ocupa de todo lo más significativo que aparece en la producción contemporánea. Solicita, por eso, un amplio canje, y asegura el resumen analítico de las publicaciones que se le envíen.

SUSCRIPCION ANUAL, $ 12.— — NUMERO SUELTO, $ 1.50
EXTERIOR, ANUAL, 1 LIBRA ESTERLINA ó 5 DOLARES

DIRECCION Y ADMINISTRACION: CANGALLO 1372—U. T. 38 - 2432
BUENOS AIRES - ARGENTINA

Director:
ARTURO FRONDIZI

Secretaria:
BEATRIZ MAAS

SUMARIO DEL NUMERO ANTERIOR

LUIS REISSIG: Colegio Libre, 1946. — RICARDO M. ORTIZ: La economía y la hora actual. — JORGE THENON: Perspectivas de la cultura superior. — HOMERO B. DE MAGALHAES: El trigo en el intercambio Argentino-Brasileño. Necesidad de una solución de fondo. — FRANCISCO AYALA: Dos discusiones sobre método sociológico. — VIDA DEL COLEGIO. JOSE FERRATER MORA: Joaquín Xirau.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

AÑO XV
Volumen XXIX
Número 172

CURSOS
Y
CONFERENCIAS

JULIO
DE 1946
BUENOS AIRES

De "La Vita Nova"

por RENATA DONGHI HALPERIN

Posterior a las demás lenguas neo-latinas, pero adulta y cabal, surge en el siglo XIII la lengua italiana.

No nace para narrar hazañas guerreras, sino para cantar de amor y de sabiduría. Desde la época siciliana se levanta la voz del presagio: Ve, cancioncilla, saluda a Toscana, donde reina la cortesía.

> Va, canzonetta mia,
> salutami Toscana,
> in cui regna tutta cortesia.

llora el último poeta, desde su cárcel de Bolonia, en lengua muelle y dulce, tan italianamente dulce, que los jóvenes de todos los siglos sintieron la angustia de este príncipe de casa Suabia.

"Salutami Toscana", sí, hay que saludar a Toscana si queremos hallar a Italia, si queremos hablar de Italia; ella, mucho más que Roma, es la matriz de la Europa moderna, de esta nuestra Europa que se agita, se desgarra y no muere, ya que Europa es el sentir del occidente, es la voz de Sócrates que resurge siempre y no simbólicamente. Y es en Toscana, donde los antiguos dioses ras-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

garon el tupido velo entretejido por los terrores del oriente y enseñaron que es bella la vida bajo el sol:

—Felices vosotros, que camináis por la colina, nimbados por los cálidos rayos del áureo sol. Para vosotros murmuran frescas las aguas, que bajan de la florida pendiente, cantan los pájaros entre el verde, cantan las hojas en el viento. Las flores siempre nuevas, os sonríen desde la tierra; os sonríen las estrellas, eternas flores del cielo".

Sollozan los descarnados labios de los muertos:

> Beati, o voi passeggeri del colle
> circonfusi dai caldi raggi de l'aureo sole.
>
> Fresche a voi mormoran l'acque pe'l florido rivo seedenti,
> cantan gli uccelli al verde, cantan le foglie al vento.
>
> A voi sorridono i fiori sempre nuovi sopra la terra:
> a voi ridon le stelle, fiori eterni del cielo .

¿Y cómo no sentir bella la vida en la tierra de Toscana?

¡Oh, la dulce vida! Serpentea el Arno entre huertos y vergeles, y las suaves colinas.

"Quisiera que tú y Lappo y yo —canta Dante— presa de un encantamiento . . ." y en verdad, como encantada se siente el alma en aquella tierra de transparencia y mesura. Transparencia y mesura, he aquí las cualidades de la lengua que se creó allí, en esas regiones hechizadas, y ante la cual exclama Vossler: "El hecho de haber cambiado, fonéticamente, el italiano, desde el siglo XIII, mucho menos que el alemán, el inglés y el francés, nos da la contraprueba lingüística de que los italianos son un pueblo de antigua civilización, mientras nosotros no somos sino bárbaros civilizados".

En efecto, la literatura italiana, no inicia, continúa. No es la expresión de un pueblo que nace, es la expresión de un pueblo que se sobrevive. Los bárbaros se incorporan a su sangre, pero él no incorpora la sangre bárbara. Milagro asombroso: él no cantará la gloria de los bárbaros, y los bárbaros incorporados, olvidados de su origen, llorarán las desdichas de Italia.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Italia estará allí como centinela, en apariencia hacia el pasado, en la realidad señalando la ruta de lo universal, sentir forjado por las claras mentes romanas, y que Italia sola, mientras las comarcas se desgranaban en aldeas, conservaría dentro de sí, suprema aspiración, y que le haría transformar la ciudad en mundo, hecho inmensamente más grande que el otro, el de transformar el mundo en ciudad.

Lo universal, la iglesia de Pablo frente a la de Pedro; la iglesia del ciudadano romano, frente a la del pescador de Galilea: he ahí la misión del pueblo italiano, si es dado hablar de misión de pueblos.

La Europa medieval nace con la incorporación del germano, y su literatura comienza con la exaltación del héroe, así en España, así en Francia, para no salir del ámbito latino. El vencido exalta las gestas del vencedor porque su puerilidad le hace olvidar muy pronto que él es el vencido; y se incorpora, él, vencido, a la estela del vencedor. Y se inicia la vida bajo el signo del triunfo.

Italia no. ¿Cómo iban a entonar sus poetas cantos guerreros? Qué canten los semi-latinos de las Galias las hazañas del franco; qué canten los semi-latinos de la Iberia las victorias de los godos, que cambien sus nombres añejos por los impuestos por los vencedores, que sean ellos pasta muelle en las fuertes manos de los triunfadores. Italia no; esclava, martirizada, sumisa, en apariencia, llegaba, regando la senda con la sangre de sus flancos heridos, a su meta, ajena a lo que acontecía, ajena a lo que la martirizaba.

Italia entró tarde en el concierto cultural; mientras las demás cantaban las hazañas del héroe el pueblo italiano forjaba las comunas, es decir forjaba su libertad, es decir reconquistaba su universalidad con las ciudades, con las franquicias, con el sentimiento de que libertad es expresión de universalidad; sólo entonces, y cuando los demás balbuceaban en lengunas bárbaras, y cuando los precursores buceaban trabados y atados aún, el pueblo que había respondido al héroe con el artesano libre, dijo un nombre, presentó un poema y calló el universo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

¡Oh, padre Dante! Dios te ha dado a Italia, o Dante, para que tú, espíritu, vigiles sobre ella mientras llegue la perfección de los tiempos.

Italia Dio in tua balía consegna
Si che tu vegli spirito su lei
mentre perfezion di tempi vegna.

Dante padre; no hay extranjero, aunque culto, que pueda sentir, en su integridad, lo que Dante es y ha sido para el pueblo italiano. Un sólo nombre le condice: padre. Por centenares de años fueron, los mejores, escoltando la severa figura del padre, y las generaciones oyeron, de siempre, la enseñanza del único: no habéis nacido para vivir como brutos, sino para aumentar virtud y conocimiento.

Quisiera que tú y Lappo y yo . . .

Tú, es decir Guido Cavalcanti, el precursor de Dante y muy pronto su amigo. Más, Dante gustaba llamarse a sí mismo el amigo, pues a gran honra tenía el serlo.

Italia ya había aprendido filosofía en las aulas de Bolonia, y Guido Guinizelli discurría sútilmente ante aquel pueblo que amaba hallar la sabiduría en muelles versos. Pero Dante traía un verbo nuevo: Yo escribo cuando el amor me inspira; traía el dulce estilo nuevo: **il dolce stil novo.** Con Dante y con el amigo de Dante, Italia se liberaba de la vieja escuela de los trovadores, heredada y hecha manera, y encontraba en su camino a la poesía, conjunción divina que muy contadas veces es dado a un pueblo el poseerla. Y Dante tenía de este hecho conciencia, más, marcará el momento justo en que este estilo nuevo nacía, y lo marcará con jactancia del cachorro de león que vence con sus garras tiernas, entre retozón y luchador a todos los que se presentan. La obra en la que se inicia esta nueva etapa de la poesía italiana es el tema de nuestra conversación. La Vita Nova.

Incipit vita nova.

En el libro de su memoria, Dante halla escritas estas palabras: **Incipit vita nova,** antes de ellas poco es dado encontrar. Esta vida juvenil: nova, arranca de un episodio de la puericia: nueve años tenía cuando vió por vez primera la que, andando el tiempo, había de ser la señora de su mente. Apareció ella vestida de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

nobilísimo color sanguíneo, ceñida y ornada como lo requería su poca edad. Al verla, el espíritu de la vida echó a temblar y, temblando, pronunció estas palabras: "Ecce deus fortior me, veniens dominabatur mihi" y desde entonces el amor dominó en su alma. Cuántas veces buscó aquella niña a quien la gente llamaba Beatriz, y cuántas exclamaba, con el poeta Homero: No parecía hija de mortal, sino divina.

Pero Dante no se detiene en estos recuerdos, por ser ellos de los más tiernos años de la adolescencia, teme que los crean falaces, y avanza hacia aquella parte en que las memorias están escritas bajo mayores "parágrafos".

Nueve años han pasado de la primera aparición, ve nuevamente a Beatriz, vestida de color blanquísimo, acompañada por dos damas de mayor edad, y, por vez primera, llega hasta sus oídos la voz que lleva a él el saludo cordial. Necesitado de soledad, se encierra en su aposento y, piensa en "esta cortesísima", y, pensando, le embarga el sueño; un sueño suave que le trae una visión.

Hela aquí: entre una niebla de color de rosa, se presenta un señor "di pauroso aspetto" y sin embargo, hecho asombroso, en él mismo ¡cuánto contento se transparentaba! que pronuncia, entre otras ininteligibles, estas palabras: "Ego dominus tuus" Dante reconoce en este ser extraordinario al Amor. No estaba solo el que se llamaba a sí mismo Señor, sino que llevaba en sus brazos, envuelta en un paño de color de sangre, a una mujer dormida, en la cual Dante reconoce a su amada. Amor levanta una mano en que tenía algo que parecía arder y, mostrándolo dice: "Vide cor tuum". Despertaba luego a la mujer y la obligaba a que devorase el corazón, cosa que hacía ella con mucho temor... entonces el contento del Amor se transformaba en llanto, y llorando se alejaba.

Tanta angustia sintió Dante que despertó y, pensando en la aparición, se propuso componer un soneto, que dirigiría a los poetas a fin de pedirles explicación de lo que acababa de soñar.

Este soneto inicia las composiciones poéticas de la Vita Nova.

La primera estrofa es de salutación:

"A las almas enamoradas y a los gentiles corazones, a quienes llegue mi decir presente, a fin de que me digan su parecer, salude en ellos a su dueño, es decir al Amor".

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

A ciascun alma presa e gentil cuore
nel cui cospetto ven lo dir presente,
in ció che mi rescrivan suo parvente,
salute in lor signor, cioé amore.

Muchos contestaron y entre los muchos aquel de quien Dante se llamará: amigo, y esta respuesta fué el comienzo de tan grande amistad.

Adulto era Guido Cavalcanti y famoso, cuando contestaba no con las infames burlas de Dante de Maiano, sino con la cordialidad de un grande para con uno que presiente igual, el soneto del joven poeta.

—"Has visto —le decía— según mi parecer, todo lo bueno que el hombre puede sentir, si te ha puesto a prueba el valeroso dueño que enseñorea el mundo del honor".

Sin embargo, observa Dante, nadie entendió en aquel entonces lo que ocultaba tal visión, si bien más tarde se volvió clara aún para los más simples.

La Vita Nova se abre con una visión. La Vita Nova es un libro de memorias, nos dice Dante, y la tradición nos confirma que es un libro de amor. Un libro de recuerdos de amor. Un libro de memorias es siempre algo que se acerca a un fantasma, a una visión, a un sueño. Se podría arguir que todo libro lo es de memorias, algo de cierto hay en ello, pero muy diferente es aquel que quiere captar la vida en acto, en su devenir, de aquel otro que nos habla del existir como algo que ha terminado ya. Fantasma de fantasma es un libro de memorias, y el poeta se adentra en la penumbrosa selva del recuerdo hasta llegar al linde mismo tras el cual "poco se podría leer". Pero el poeta no vuelve sobre sus pasos en un momento cualquiera de su existir, sino se adentra en la selva del recuerdo de su amor, cuando la mujer amada ha muerto. Nos habla de Beatriz, y pensamos en Beatriz sabiendo que Beatriz ha muerto, por ello, aún antes de las visiones, aún antes de los mensajes de muerte, numerosos en el transcurso de la obra, Beatriz nos aparece ingrávida en su vestido de "nobilísimo color, humilde y honesto, color de sangre, ceñida y adornada a guisa que a su tierna edad conviniese": más ángel que mujer, y así la veremos siempre, aún cuando se mofa de su pobre enamorado.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Italia nos dió, con el de Petrarca, el cancionero más grande y completo del amor. Petrarca conoce a Laura en un viernes santo en el templo de Aviñón. "No me parecía que fuese época en que debía guardarme de las flechas de amor". Olvidaba Petrarca en su lamento, que comenzaba la dulce primavera, la "que viste el mundo de colores nuevos", estación gentil y jocunda, fondo y escenario de esos cuadros de flores y de verdor, entre los cuales se desliza, enigmática y bella, Laura, la de los cabellos de color de oro.

No busquemos en la Vita Nova ese fondo de frondas y de colores que hacen del cancionero de Petrarca un precursor de los cuadros renacentistas: en la Vita Nova no hay paisaje. Hay referencias al medio en que vive, pero el medio no está sentido como paisaje.

Un río, un camino, la primavera... nada más: Cavalgando el otro día por un camino. La referencia al lugar, no hallamos ni siquiera ese paisaje convencional a que nos tiene habituados la escuela de Provenza: "Había un hontanal de agua viva rodeada de flores..."

Aveavi d'acqua viva una fontana
intorniata di fior gelsomino...

Ni cuando describe a Beatriz aparecen los dulces colores y los muelles accidentes de la campiña, tan hermosa en la Toscana cortés. Y sin embargo cuán presente está el mundo tangible en el Dante mayor; a menudo es un toque, pero tan preciso y claro que eterniza el paisaje ante nuestros ojos asombrados: recordemos: "la sentencia de Sibila se perdía así, en el viento, entre las hojas leves"; o aquel pasaje tan conocido, pero siempre gustado, del día que muere, el cual logra, aún ahora, después de tantos manoseos, llenarnos el alma de dulce melancolía: "S'ode una squilla da lontano, che paia il giorno pianger che si more..."; o, para terminar, la visión del campo en la primera mañana: cuando la escarcha parece sobre la tierra la imagen de su hermana blanca.

En la Vita Nova no hay nada de eso: Beatriz envuelta en los nobles colores de albura y de sangre, pasa entre un paisaje sin vida. Si resurge el fantasma de la amada a la invocación del amor, los días arrastrados por el precipitar de los cielos llevaron consigo su color y su calor.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

En la primera visión la gran leticia del amor se torna llanto, y nadie advirtió, dice Dante, el sentido de ella hasta más tarde; los anuncios de muerte se suceden en la obra, y en el segundo soneto que se refiere a la mujer amada, se expresa que la gran enemiga ya se ha acercado a ella: "Llorad, o amantes, porque llora Amor".

La muerte rapta la amiga a Beatriz y poco más tarde el padre: "Vosotras —dice Dante a las piadosas mujeres que pasan a su lado con los rostros bañados en llanto— que lleváis mustios el semblante, los ojos bajos, dando muestras de dolor, ¿de dónde venís si en vuestro color parece reflejarse la piedad? ¿Habéis visto, acaso, a nuestra gentil señora bañar de llanto en su rostro al Amor?

Ronda la muerte y se va estrechando el cerco: el dolor de Beatriz es inmenso, también lo es el de su poeta, el cual enferma.

Y tiene otra visión.

En el noveno día de la enfermedad, dió en pensar en Beatriz y luego en la vida que se iba debilitando "y viendo cuán efímera era su duración, aún de la más sana, empecé a llorar conmigo mismo por tanta miseria". Un pensamiento lo atormenta: "He aquí que también mi señora tendrá que morir" y turbóse tanto su alma que, cerrados los ojos, imaginó lo siguiente: rostros de mujeres desgreñadas se le acercaban y le decían: "Tú también has de morir", y y luego otros, aún más extraños y terribles, le decían: "Tú ya estás muerto." Y errando de tal manera su fantasía no supo ya en donde se hallaba, y le aparecían, las mujeres desgreñadas vistas antes, que iban llorando por las calles "asombrosamente tristes": y creyó ver obscurecerse el sol, de tal manera que las estrellas se habían tornado de color de llanto: y los pájaros que volaban por los aires se caían muertos y la tierra estaba sacudida por grandes temblores. En ello se le acerca un amigo que le dice: "¿Es que no sabes? Tu maravillosa señora abandonó este siglo nuestro". El poeta, a estas palabras, se echa a llorar amargamente, y no sólo en el sueño lloraba, sino verdaderas lágrimas le corrían por el rostro. Y en su angustia, creyó ver, allá arriba, en el cielo, muchedumbres de ángeles que lo remontaban y delante de ellos iba una nubecilla blanca . . . cantaban los ángeles: Gloria in excelsis . . . y no podía oír nada más, pero el corazón "en donde había tanto amor" le susurraba: Es verdad, nuestra señora ha muerto. Y alcanzó tanta fuerza este fantasear que Dante vió a la mujer muerta y a otras,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

compasivas, que le cubrían con un velo. El rostro de Beatriz tenía tal aspecto de humildad que parecía decir: "Estoy contemplando el comienzo de la paz". Entonces el poeta clama por la muerte: ven a mí que te deseo, y en el rostro ya llevo tus colores.

Y siguen las piadosas mujeres cumpliendo con el triste menester que se estila para con los muertos, y, después de presenciarlo, vuelve Dante a su cuarto y allí, mirando hacia el cielo, vió a Beatriz en él, y tan vívida era la visión que comenzó a llorar lágrimas de verdad y a decir en alta voz: "Oh, bellísima alma, cuán feliz es el que te ve". Una niña joven y gentil, que cuidaba del enfermo, al oír las voces, al presenciar el llanto, se atemoriza, y se echa ella también a llorar, vista tal cosa las otras mujeres que estaban en el aposento, alejada la niña, suplican al poeta a que no desespere, pero Dante, perdido aún en su visión, nada advierte, hasta que, al pronunciar la frase: Beatriz, eres tú feliz bienaventurada", vuelve en sí y advierte que todo había sido visión, pero no puede en mucho sosegar el llanto, y, repuesto, a requerimiento de las buenas mujeres, relata, ocultando el nombre de Beatriz, lo que había visto.

Y compone la canción que se considera la más perfecta de esta primera época:

Donna pietosa e di novella etade . . .

¿Es por azar que esta composición está colocada en la mitad de la obra? Sin aceptar ciegamente las afirmaciones de Carlos Eliot Norton el cual opinaba haberse hecho primero el relato de la pasión de Dante y luego las composiciones poéticas que debían ocupar el lugar exigido por la arquitectura de la obra; sin creer en la rotunda afirmación de Eliot Norton, sin embargo tampoco es dado descartar en absoluto que Dante haya querido que esta canción, en que, por vez primera tiene clara expresión el anuncio de la muerte de Beatriz, ocupara el lugar prominente de la obra, como cumbre a la cual se asciende. Llena aún el alma de preocupaciones mundanales, de temores, de angustias. En efecto hay en el lapso que une el momento expresado por la canción, hasta la muerte de Beatriz, una serenidad, una bienaventuranza que no se halla antes: no

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ya discusiones filosóficas, no ya anuncios siniestros, no ya pequeños enconos. El poeta es feliz y Amor se le presenta alegre como no lo viera nunca y le dice:Piensa ahora en honrarme. Y se reía al pronunciar dichas palabras. Y Beatriz ocupa todas esas páginas de la serenidad; Beatriz ya sola, ya acompañada por la bella Vanna a quien Amor llama Primavera: "Aquella es Primavera, pero ésta (es decir, Beatriz) se llama Amor, tanto se asemeja a mí".

Y Beatriz pasa enaltecida por sus conciudadanos, que se agolpan para mirarla. Ella se aleja vestida y coronada de humildad, ajena a los maravillosos efectos que producía al pasar. Muchos exclaman: "Esta no es mujer, sino ángel hermoso del cielo". Y otros agradecen a Dios tamaña obra.

Dante compone el soneto que parece seguir, con su ritmo lento y grave, el sereno pasar de Beatriz por las calles de Florencia.

Tan gentil aparece y recatada
la dama mía si un saludo ofrece,
que toda lengua tiembla y enmudece,
y la vista a mirarla no es osada.
(Traduce Milá y Fontanals).

Muévese lentamente Beatriz "benignamente de humildad velada", y se aleja entre los elogios "cual muestra de un milagro presentada". Beatriz avanza como una Madonna del Renacimiento, viva, bella, gozosa, humilde en su gloria, no centro sino hecho centro por los que la contemplan y que sienten ante ella el milagro y el azoramiento del milagro: que toda lengua tiembla y enmudece, y la vista a mirarla no es osada. Podría ser la Virgen del Cardellino o del Granduca, o cualquiera otra de Rafael, tan diferentes entre sí,, pero todas ellas vestidas de humildad y todas ellas venidas, en su belleza, "cual muestra de un milagro presentada".

Cuánta felicidad se respira en estos sonetos: el amor que antes era tortura se ha vuelto dulzor y bienandanza; ya no hay lucha en el alma, doblegada y vencida por el amor cortés. Los místicos cantarán o han cantado este momento inefable en que el alma, unida a Dios, no vive más que para elevar loas a El. A esto ha llegado Dante, y la dicha es tanta que empalidece el rostro; pero la canción que la cantaría se trunca; el aleluya se rompe en los labios; el grito de la felicidad se trueca en el de la desesperación.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La voz del presagio resuena de nuevo en los oídos de Dante, pero ay, ya es realidad: ¿No sabes? Murió tu señora que era tan bella.

Non sai novella? Morta é la donna tua ch'era sí bella!

"Quomodo sedet sola civitas plena populo;
Facta est quasi vidua domina gentium."

Sólo las palabras de Jeremías pueden decir tamaño dolor. El llanto resuena por las calles desoladas de Florencia. Florencia, que ya no es más la ciudad de las flores, sino la ciudad doliente. El tiempo no borra ese dolor, Beatriz ha muerto y la ciudad "facta est quasi vidua, domina gentium."

Por Semana Santa, época en que los peregrinos de lejanas tierras atraviesan la ciudad de Florencia en su camino hacia Roma, tópase Dante con un grupo de ellos que, graves, acaso ceñudos, pasan por las calles que engalana la primavera pero que el dolor cristiano ensombrece. ¿Por qué están tan angustiados —se pregunta el poeta— estos romeros? Y sin embargo ignoran, por venir de tan lejos, la muerte de Beatriz. Y compone un soneto, el penúltimo de los reunidos en la Vita Nova, soneto que en la sencillez de concepción y de expresión (tanta que Dante no cree necesario acompañarlo de glosa alguna) encierra una angustia tal dicha en un lenguaje desnudo, sin afectación, sin rebuscamiento, que llega a nosotros con un empuje casi romántico:

—Oh, peregrinos que vais pensativos . . . venís, acaso de tan lejanas tierras, como nos sugiere vuestro atavío, que ignoráis el luto de esta ciudad, ya que sin llorar pasáis por ella?

Los invita a permanecer y a escuchar la infausta nueva: "Florencia ha perdido a su Beatriz y no hay palabra que hable de ella sin que mueva a llanto".

Ell'ha perduto la sua Beatrice.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

¿Pero quién era Beatriz? Nos cuenta la tradición que fué hija de Folco Portinari y casada, muy joven, con Simón Bardi, fallecida poco tiempo después del matrimonio. El puntal más fuerte de esta tradición es la afirmación de Boccaccio que, por mandato

de la comuna, explicaba "el Dante" allá en San Esteban en los años 1363 ó 64. Pero Boccaccio no puede haber inventado lo dicho y al afirmar tal cosa no hacía más que repetir lo que debía ser aceptado en Florencia. Ahora bien —se pregunta Scartazzini en su diccionario dantesco— ¿es posible fundamentar esta tradición? ¿Acaso se sabía quién había sido la mujer que Dante amó en su juventud? No olvidemos el destierro de Dante y que el interés por conocer los pormenores de la vida del poeta, comienza después de la muerte del mismo, y ¿quiénes podían saber con certeza un nombre ocultado con tanto celo? ¿De poseer como único documento la obra de Dante hubiéramos llegado a identificar la Beatriz cantada con la hija de Folco Portinari? En verdad, hay que reconocer que no coincide una sola de las circunstancias. Pero, contesta Isidoro del Lungo, es de considerar el hecho de que un ciudadano florentino, y del prestigio de Giovanni Boccaccio, no más allá de 1363 ó 64, es decir pocas décadas después de la muerte de Dante, acontecida en 1321, y no tantas tampoco de la muerte de Beatriz, y cuando los descendientes y allegados de ella vivían en Florencia y eran familia principal ¿puede acaso, inventar de cuajo o repetir con ligereza algo que no tuviera base de verdad?

No nos sorprendamos ante esta discusión, si desde muy pronto se ha suscitado otra mucho más importante: ¿Pero es que Beatriz fué, en verdad, una persona real?

Francisco Buti, en su comentario sobre la Divina Comedía, observa: "Quizás crean que Beatriz haya sido una mujer de carne y hueso, como son las demás, en cambio no fué así"; y Francisco Selmi afirma: "Allá donde Dante habla de Beatriz, aunque ella fuese una señora florentina, no es, sin embargo, aquella Beatriz por la cual sintió Dante "coral" amor; significa ella aquella virtud que da a las cosas bienaventuranza". ¿Qué representa esta mujer que, aunque concediendo que haya sido mujer mortal amada por el poeta, aparece en su obra cual alegoría? Conforme algunos es la sagrada escritura, es la ciencia de Dios, es lo que da bienaventuranza a las cosas, según otros. Y algunos hubo que negaron totalmente la realidad corpórea de Beatriz, como el Butí citado, y convirtieron el puro simbolismo en sistema. Queremos recordar, por dar un ejemplo a manera de ilustración, ejemplo que podríamos, de querer, multiplicar, pues ¿quién no ha intentado explicar a Dante?

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

el caso de Gabriel Rossetti, que, luego de haber aceptado la tradición con respecto a la realidad de Beatriz, vuelve más tarde, sobre sus pasos y afirma ser ella el puro símbolo de la Monarquía imperial, llamada por Dante Beatriz, y contrapuesta en sentido y en sonido a la Meretriz que personificaba la Corte de Roma.

Mucho se ha escrito al respecto y la cuestión, que enfrentó en un momento a dos distinguidos críticos y filólogos italianos, Adolfo Bartoli y Alejandro D'Ancona, no está, ni con mucho, discriminada, por ello nos conformamos, como lo hemos hecho, con su esbozo: sin embargo, creemos conveniente detenernos un instante para oír a Carducci. Y más que nada por hablar de él, de Carducci, ahora en que tan precisados estamos de altos ejemplos.

Quizás para muchos, después de tantas disquisiciones filológicas, el volver a Carducci será un retroceso, que la grandeza y el saber no ostentado es para muchos pobreza y pequeñez, pero para otros, volver a él es remontar hasta la más pura tradición de la cultura italiana, que se ha distinguido siempre, hablamos de los responsables, por su probidad, saber y buen sentido. Con gusto reproducimos un corto párrafo de Francisco Capello: "A la crítica rápida de un de Sanctis, a la felicidad de recoger en una impresión compleja un trabajo y a veces un autor, formulando luego la impresión en una frase comprensiva, él —Carducci— agrega todos los secretos que descubre tan sólo el uso del arte. En una palabra: una diligencia y una exactitud más que germana en los pormenores, un acierto más que genial en las generalizaciones, y un calor vital que todo lo penetra y aviva".

Esto es Carducci: exactitud, genialidad, vitalidad. No la obra erudita seca y exornada de citas, sino la tarea previa del estudioso, la simplicidad del gran señor y con ellas ese "alitus" que le da vida.

Mucho se ocupó Carducci de la obra de Dante: solía decir que de dos cosas entendía: de cigarros y de la poesía del trescientos. Pues bien, Carducci no sólo aceptaba la realidad de Beatriz de la Vita Nova, sino que no prestaba fe a las palabras de Dante cuando en "El Convite" da un contenido alegórico a la "donna gentile".

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Muerta Beatriz, Dante es dominado por su dolor, pero he aquí que desde una ventana ve, a menudo, sonreirle una mujer de agradable aspecto, la cual lo miraba como compadeciéndolo,

y su rostro, por la conmiseración que sentía, se teñía de un color pálido, casi de amor "Color de amor y de piedad semblante, jamás mostró tan admirablemente mujer alguna" traduce Manuel Machado; y Dante compone sonetos en honor de ella: "un gentil pensamiento que de vos me habla viene a menudo a convivir conmigo".

¿Hasta cuándo estuvo Dante bajo el hechizo de la dama piadosa? No mucho, puesto que al pasar los peregrinos por Semana Santa, ya se había liberado de él, gracias a una nueva visión en que se le aparece Beatriz vestida como lo estuviera al conocerla allá, en la edad pueril, y vuelve a su dolor, donde halla: el dulce nombre de madona escrito, y mil palabras de la muerte de ella (Viada y Lluch).

En "El Convite", obra de la edad viril, Dante nos da las diversas interpretaciones de los cantos que él reproduce y que forman el contenido de la obra. Dos interpretaciones nos da de ellos: el literal y el alegórico; estas glosas son claras y precisas; si hubiera alguna duda se debe a nuestra ignorancia linguística o histórica o de otras circunstancias, nunca al autor. Dante es la claridad meridiana y se preocupa para que ella lo sea realmente. Pues bien en ningún instante quita realidad a lo narrado en la Vita Nova. Más, explícitamente afirma: —"Y si en la presente obra, la cual es llamada Convite, quiero que el contenido sea tratado más virilmente que en la Vita Nova, no entiendo sin embargo, derogar aquella en ninguna parte, sino por el contrario ayudar con ésta, aquélla: viendo como, con toda razón, aquella ferviente y apasionada, ésta mesurada y viril, conviene que sean. Pues cosas distintas convienen hacer y decir en una y otra edad: porque ciertos hechos idóneos y merecedores de elogio en una edad, son torpes y vituperables en otra".

"Fervida e appassionata" era la edad en que fué concebida y escrita la Vita Nova, y nada de lo que se dice en ella deroga o corrige el poeta, con excepción del episodio de "la donna gentile", la cual en "El Convite", se transforma en el símbolo de la filosofía.

Carducci, que ha seguido hasta aquí atentamente, reverentemente, la lectura de las obras de Dante se encabrita, y sacudiendo su cabeza de león exclama: ¡Ah, no! Esto no. ¡Si en la Vita Nova escribes que una gentil mujer y muy hermosa comenzó a mirarte y

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

a sonreirte desde una ventana, hasta cuando los expositores de alegorías no me hayan demostrado cómo y porqué la filosofía mira y sonríe a los jóvenes desde una ventana, no creeré en estas palabras tuyas, o padre Dante!

La Vita Nova termina con esta promesa: "Si gustará aquel por quien todas las cosas viven, darme algunos años de vida, espero yo decir de mi señora lo que no ha sido dicho de nadie. Y que guste luego al Amor que mi alma vaya a ver la gloria de su amada: es decir de aquella bendita Beatriz, que gloriosamente mira en el rostro de: qui est per omnia saecula benedictus".

Con estas palabras concluye la primera época del existir del poeta. Luego, a medida que la Beatriz terrenal se va alejando, ascenderá también el alma de Dante, y Beatriz será, en la suprema visión, quien tomará de la mano a su cantor para conducirlo a través de intrincadas sendas, hasta la gloria de Dios. Pero aún en los versos incorpóreos del Paraiso, conservará Beatriz algo de su sabor humano, y será ella para el poeta "la dolce donna", aquella que en su juventud le hacía sentir lo efímero de la vida terrenal y la bienaventuranza de la eterna, y que era tan bella, tan bella: "vestida de nobilísimo color, humilde y honesto", que para expresar tanta belleza tenía que acudir a los versos del poeta Homero: No parecía hija de hombre mortal, sino divina.

Conferencia pronunciada en el Colegio el 25 de junio de 1946.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Mariano Moreno

por RODOLFO PUIGGROS

ENTRE SOLORZANO Y ROUSSEAU

El canónigo Matías Terrazas poseía una de las mejores bibliotecas de la diócesis de Charcas. Acaso no consagraba mucho tiempo a la lectura, ya que por ser personaje de consumada experiencia en los negocios públicos, su salón era el más frecuentado de la sociedad chuquisaqueña y allí acudían a toda hora hombres de toga y de sotana a debatir sus asuntos o pedir consejo al dueño de casa. No dejaba por eso el secretario del piadoso arzobispo fray Josef Antonio de San Alberto de adquirir cuanta obra francesa lograba soslayar "las severas prohibiciones del despotismo inquistorial" (1).

La descomposición del coloniaje se traducía en el Alto Perú tanto en la inclinación a los placeres del clero y de las clases altas como en el atractivo que ejercían los escritores de Francia impía y revolucionaria sobre aquellos mismos funcionarios que imponían rígida censura a las doctrinas ateas. Los representantes de un orden que se nutría de la abyecta explotación de las castigadas colectividades indígenas, los verdugos de Tupac-Amaru, los sostenes espi-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(1) Manuel Moreno: Vida y Memorias del doctor don Mariano Moreno, Buenos Aires, Talleres Gráficos Argentinos L. J. Rosso, pág. 53.

rituales de los crueles corregidores de minas y haciendas, aspiraban a cual más a brillar en las tertulias por su conocimiento de las penetrantes sátiras o de las críticas demoledoras de los autores de la Enciclopedia y de los filósofos que anunciaban el amanecer de un nuevo mundo envuelto aún en el celaje de las primeras luchas por la emancipación del hombre feudal.

El prelado o el seglar que citaba con emoción las más encendidas páginas de Juan Jacobo Rousseau, ante el escándalo o la admiración de sus oyentes, jamás se habría atrevido a pregonar las teorías igualitarias fuera del círculo dorado inaccesible a ese indio que ocultaba bajo su humildad el orgullo de sus abuelos hecho rebeldía. Las ideas del siglo de las luces no ponían en peligro las rentas de la Iglesia ni el poder de los encomenderos.

El muy devoto carmelita descalzo San Alberto visitaba las escuelas de su arzobispado con el Catecismo Regio en la mano y enseñaba a los vasallos que sólo Dios era superior al rey, o bien exclamaba aterrado cuando llegaban noticias del mundo a su pobre celda de la opulenta catedral: "Estos (reinos) ya están llenos de Cartas y Relaciones individuales de los Monstruosos acaecimientos de la Francia" . . . (1); pero el cilicio que maceraba sus carnes, la oración que musitaban sin cesar sus labios temblorosos y la munificencia con que repartía sus 50.000 pesos fuertes de rentas anuales, no acordaban con la vida dispendiosa y amable de su volteriano secretario. El arzobispo de la Inquisición sentíase indefenso delante del canónigo de la Enciclopedia. San Alberto sólo aspiraba a elevar su alma a las moradas más puras de la santidad y dejaba a Terrazas las tareas prácticas de entenderse con la mundana feligresía.

La casa del secretario y visitador de la arquidiócesis llegó a ser centro político y social de la compleja vida altoperuana. No podía haber elegido el padre de Mariano Moreno peor posada para que el despierto joven de veintiún años se preparara a recibir las órdenes sagradas, pero tampoco podía haber hallado lugar más a punto para que su inquieta inteligencia captara lo esencial de una sociedad que se derrumbaba.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(1) Ricardo R. Caillet-Bois: **El Río de la Plata y la Revolución Francesa. 1789-1800.** En **Historia de la Nación Argentina** Academia Nacional de la Historia. Vol. V. Primera Sección. Cap. II. Pág. 38. Buenos Aires. 1939.

Mariano llegó a Chuquisaca en febrero de 1800, después de un viaje penoso cuyas incidencias nos ha relatado con cándido estilo su hermano Manuel. Estaba ya en el corazón de América colonial y, a la vez, en pleno hervor de la conciencia alerta al maravilloso florecer de las ideas que agitaban a la nueva sociedad del Viejo Mundo. Chuquisaca era eso: campo de ignominia del trabajo indígena y semillero de teorías en el cielo de la abstracción.

El porteño no encaraba con superficialidad la vida. Mientras su protector, el canónigo, gastaba sus días en tertulias y sacaba provecho de la ilustración adquirida en la juventud, Mariano se aislaba en la biblioteca y leía con la avidez de quien busca en los libros respuestas y orientaciones para el duro combate de la existencia. Montesquieu con sus soluciones concretas a los abstrusos problemas de organización de los estados (1), el íntegro D'Agues-

---

(1) Groussac sostiene que Moreno ignoraba a Montesquieu. "Mariano Moreno —dice— estaba imbuido en algunos escritores del XVIII, especialmente filósofos y enciclopedistas; a éstos los sabía de memoria, puede decirse; en tanto parece ignorar a los demás, y, entre ellos, al más grande e ilustre de todos: al único cuya mirada de águila percibía sin esfuerzo las causas y las leyes de los acontecimientos humanos, trayendo a su presencia, para juzgarlos con la alta majestad del genio, a los pueblos y a las épocas de la historia. El Espíritu de las leyes, la magna obra política del siglo, la sola que contuviera algo más que peligrosas utopías, hipótesis inverificables o apasionadas declamaciones, no se encuentra citada en los escritos de Moreno, ni parece que le pida nada prestado, a no ser lo que se le alcanzaría por el reflejo de Filangieri". **La Biblioteca'** I, pág. 140.

Levene va más lejos todavía: no sólo niega que Moreno haya conocido a Montesquieu, sino también afirma, con respecto a la infuencia de autores no españoles sobre aquél que "Moreno era de más talento natural que saber adquirido", observación que, si bien es cierta, no prueba su ignorancia de los autores franceses. V. Ricardo Levene: **Ensayo histórico sobre la Revolución de Mayo y Mariano Moreno,** t. I, pág. 26, Buenos Aires, 1925. Sergio Bagú, siguiendo las huellas de uno y otro historiador, escribe: "No lee directamente Montesquieu. De haber ocurrido lo contrario, le proporcionaría éste ese precioso método de observación objetiva que tan admirablemente supo él aplicar y le trasmitiría todo ese caudaloso acervo de hondas reflexiones sobre la organización institucional de los Estados que aun siguen teniendo aplicación". **Mariano Moreno. Pasión y Vida del Hombre de Mayo,** pág. 41, Buenos Aires, Claridad.

Preferimos ajustarnos a la información de su hermano Manuel ("...empezó a ensanchar sus ideas con la lectura de Montesquieu...", op. cit., pág. 54) y no dejarnos llevar de la propensión de Levene y Groussac a restar importancia o desconocer del todo a los escritores franceses en la formación intelectual de Moreno. No podemos caer en el absurdo, precisamente porque rendimos homenaje a su "talento natural", de creer que únicamente leyó los autores que cita en sus artículos o a los cuales pidió algo "prestado".

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

seau, el abate Raynal que despreciaba el feudalismo español y anunciaba la insurrección de los criollos de América Hispana (1), John Locke que exponía en su Essay on Human Understanding el modo de pensar de la naciente burguesía británica y defendía la libertad, la propiedad, los privilegios del Parlamento y el derecho del pueblo a la revolución (2), el abate de Mably cuya crítica descarnada de las instituciones feudales contribuyera en alto grado al derrumbe de la nobleza (3), el fisiócrata Gaetano Filangieri, el español Jovellanos tan cercano a América, seguramente Rousseau, tal vez Voltaire y no es difícil que Diderot y sus colaboradores de la Enciclopedia (4), fueron saciando la sed de conocimientos de esa alma ardorosa que traía del Plata una inquietud militante de saber para actuar.

Por lo demás, salta a la vista el "apasionamiento" verdaderamente "declamatorio" y las "hipótesis" totalmente "inverificables" de Paul Groussac en el desprecio con que pontifica sobre el siglo XVIII. Los enciclopedistas, que Moreno "sabía de memoria", Voltaire, Rousseau y otros escritores de la época son para el ligero polígrafo creadores de "peligrosas utopías", mientras que el único que vale a sus ojos pasó sin ser visto por Moreno, quien a lo sumo recibió su "reflejo".

(1) Moreno tuvo, desde esa época, predilección por la lengua inglesa, tan alabada por el francés Guillaume Thomas Raynal, colaborador de la Enciclopedia, en su **Historia philosophique et politique des établissements et du commerce des Européens dans les deux Indes.** Pensaba que el inglés había servido de vehículo a los principios de la soberanía popular. V. **Colección de Arengas en el foro y Escritos del doctor don Mariano Moreno, abogado de Buenos Aires y secretario del primer gobierno de la revolución de aquel Estado**, Londres, 1836, pág. XXXVII del prefacio. Raynal escribía: "El odio entre españoles y criollos dará lugar a la revolución y todos los males se remediarán por el desarrollo de la agricultura, la libertad de comercio, la libertad de conciencia y la tolerancia y, sobre todo, con la supresión del Santo Oficio. El comercio dejará de ser un monopolio, la religión dejará de ser una superstición, el gobierno dejará de ser una tiranía".

Groussac comenta la influencia de ese autor empleando los consabidos improperios. Dice: "Una admiración tan exagerada por el declamador Raynal, —ese reflejo y suplefaltas de Diderot—, no menos que por otros comparsas de la Enciclopedia, unida, por una parte, al olvido completo de Montesquieu y Voltaire, y por otra, al de los hombres y hechos de la Revolución francesa, —arroja luz vivísima sobre las ilusiones, utopías y faltas de experiencia práctica de los próceres argentinos". **La Biblioteca**, I, págs. 143-144.

(2) "Leyó a Montesquieu, D'Aguesseau, Locke, Filangieri, Jovellanos, Rousseau, Raynal y varios de los enciclopedistas", Norberto Piñero: **Los escritos de Mariano Moreno**, Buenos Aires, 1933, pág. 11.

(3) El folleto de Gabriel de Mably, **Dudas sobre el orden natural de las sociedades**, tuvo amplia difusión en América a fines del siglo XVIII.

(4) Moreno aprendió el francés en Chuquisaca ("...se instruyó en él..." informa Manuel, op. cit., pág. 54).

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La carrera del sacerdocio no cabía dentro de las preocupaciones humanistas y sociales de Mariano Moreno (1). Pronto la hizo a un lado para dedicarse a la de abogado, "honorable profesión —según Manuel— que eleva el alma de los que la ejercitan, y aún en medio de los tiranos conservan siempre el decoro e independencia que los caracterizan" (2).

Recordaba quizás el biógrafo minucioso los conflictos entre abogados y la despótica Real Audiencia de Charcas que a veces conmovían la placidez legalista del virreinato. Los letrados y curiales del foro chuquisaqueño estaban obligados a dispensar a los magistrados una obsecuencia temerosa para no perder los pleitos, y los audaces que desafiaban la tozudez de los intérpretes de la letra muerta pagaban caro su atrevimiento.

Tal vez tenía presente Manuel el escándalo, entre otros, que produjo un doctor en ambos derechos al sostener en 1779 ante el tribunal que "es previa la aceptación del pueblo para que la ley tenga autoridad y comience a regir", tesis que la Audiencia reputó "subversiva de la quietud y buen gobierno e inductiva de sedición" e hizo desaparecer en sus archivos secretos (3).

Los argumentos que ofrecía el bien provisto arsenal de lás leyes de Indias y del derecho español e indiano estaban tanto al alcance del pensamiento independiente o rebelde de letrados y estudiantes criollos como a disposición de recalcitrantes togados. Ninguno de los juristas hispanos gozaba en Charcas de predicamento comparable al del sabio autor de **Política indiana**, don Juan de Solórzano y Pereyra (4). Este consejero de Indias del siglo XVII reivindicó a los criollos de las calumnias y agravios que les inferían frailes, capitanes y funcionarios de la conquista, y condenó los atropellos de los encomenderos (5). Fué su mérito mayor haber pro-

---

(1) Doctórase en teología a principios de 1801, pero en vez de decidirse por el sacerdocio, contraría la voluntad paterna y se inscribe en el curso de jurisprudencia.

(2) Manuel Moreno, op. cit., pág. 55.

(3) V. Gabriel René Moreno: **Ultimos días coloniales en el Alto Perú**, Editorial W. M. Jacson, Inc., Colección Panamericana, t. III, p. 44.)

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(4) **Política indiana compuesta por el señor don Juan de Solórzano y Pereyra**, Madrid MDCCLXXVI, Imprenta Real de la Gazeta, 2 tomos.

(5) El padre José de Acosta había dicho que los criollos "maman en la leche de los vicios, o lascivia de los Indios", Ibídem, t. I, pág. 219. Solórzano lo responde que "así como entre cardos, y espinas se dan rosas, y de las bestias fieras muchas se amansan, así también no hay

clamado enfáticamente que no existía diferencia alguna entre los españoles naturales de España y los españoles naturales de América, y, en consecuencia, que los americanos debían tener acceso a los más altos cargos del Supremo Consejo de Indias (1). Era la gran autoridad en derecho indiano que respaldaba los alegatos de los jurisconsultos y las sentencias de los magistrados (2). Pero si aquellos podían reclamar, con citas de Solórzano, que las Audiencias fueran "castillos roqueros, donde se guarda justicia, los pobres hallan defensa de los agravios, y opresiones de los poderosos, y a cada uno se le da lo que es suyo con derecho, y verdad" (3), los oidores encontraban en el mismo texto las razones para exigir un respeto y una obediencia absolutos (4).

Nos parece falso, más que excesivo, conceder al autor de **Política indiana** el carácter de "fuente ideológica de la revolución de 1810" (5). Por lo que toca a los indios, no olvidemos que si bien el jurista hispano procura protegerlos, sin resultados prácticos, del exceso de explotación, los llama "miserables criaturas" (6), acepta con fray Gregorio García Dominicano "que son de más miserable, y baxa, o despreciada condición, que los Negros, y to-

---

tierra, por destemplada que sea, y de malos clymas que no haya dado, y dé muchas veces insignes, y claros Varones en virtudes, armas o letras", t. I, pág. 220. Y dedica al rey Felipe IV este consejo: "...encarezco el cuidado, y vigilancia en procurar la salud, amparo, y defensa temporal de los Indios, y en despachar y promulgar casi todos los días leyes, y penas gravísimas contra los transgresores...", 16.

(1) Solórzano, entiéndase bien, sólo considera iguales a los españoles europeos a los criollos o americanos de puro origen español por ambas ramas de ascendientes.

(2) Hasta Levene declara (op. cit., pág. 31), contradiciendo su propia tesis, que tanto los protectores como los explotadores de los indios invocaban la opinión de Solórzano.

(3) **Política indiana**, op. cit., t. II, pág. 271.

(4) "...favorecidos, y honrados (los líderes) por Su Majestad, y su Real Consejo de ellas, no sólo tanto, sino aun más que los oidores de España", Ibídem, t. II, pág. 286.

(5) Levene afirma: "Pensador y estadista de vastas miras, la avanzada orientación ideológica de Solórzano explica la profunda influencia que ejerció en el espíritu de los letrados de América... En la generación revolucionaria del Plata han tenido significación política las lecturas y comentarios de las obras de humanistas, economistas y juristas hispanos e indianos. Las fuentes ideológicas de la revolución de 1810 son predominantemente hispánicas e indianas". Y en una nota añade: "No creemos excedernos al hacer la afirmación que va en el texto", op. cit., t. I, págs. 33-34.

(6) **Política indiana**, op. cit., t. I, pág. 206.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

das las demás Naciones del mundo" (1), suscribe la opinión de fray Agustín de Avila Padilla de "que cuanto se provee, y ordena para su favor, y provecho, parece que se trueca, y convierte en su mayor daño, y perjuicio", busca apoyo en San Agustín y en Aristóteles para asegurar que "son siervos, y esclavos por naturaleza, y pueden ser forzados a obedecer a los más prudentes: y es justa la guerra que sobre esto se les hace", y que se les quite "la libertad en que peligrarían no siendo domados", y concluye con Celio Calcagnino que se les puede "cazar como fieras" (2). Ni el Angélico Doctor Santo Tomás se salva de asistir con su saber dogmático al ilustre comentarista de las leyes de Indias. Este dice que aquel "expresamente afirma, que por sentencia, u ordenación de la Iglesia, que tiene la autoridad, y veces de Dios, se puede quitar a los Infieles su dominio, prelación, y gobierno, el cual con razón pierden por este delito, y se transfiere a los hijos de la gracia" (3).

Si razón tenían los oidores en acudir a Solórzano para hallar justificativos al despojo, cacería, explotación y matanza de los indios, no tan claros son los motivos que llevan a ciertos historiadores contemporáneos a sostener el derecho indiano como "fuente ideológica de la revolución de 1810".

El derecho indiano era colonial y feudal, por más ribetes humanitarios que tuviese. "Protegía" al indio, después de colocarlo en condición de bestia (4). "Castigaba" los excesos del encomendero, pero antes consagraba la institución de las encomiendas (5). "Oponíase" al servicio personal de los indios (6), y acto seguido admitía que por "razón de la necesidad, y utilidad pública pueden ser compelidos a la labor de los campos tanto de los pro-

---

(1) Ibídem, t. I, pág. 207.

(2) Ibídem, t. I, pág. 38.

(3) Ibídem, t. I, pág. 41.

(4) "...de los mismos principios se saca, y colige que supuesto que no se puede poner en duda, que los Indios por las razones referidas son miserables personas: tampoco la tiene que hayan de gozar, y gocen de todos los favores, y privilegios, que a los menores, pobres, rústicos, y otros tales se conceden...", op. cit., t. I, pág. 209.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(5) "Primeramente, ordeno, y mando que se hagan los repartimientos de Indios necesarios, para labrar los campos, criar los ganados" (Ley 19, tit. 12, lib. 6, año 1601), op. cit., t. I, pág. 108.

(6) "...si alguno sirviese a los Españoles, sea de su propia voluntad y no de otra manera" (Cédula del 22 de febrero de 1549), op. cit., t. I, pág. 65.

pios como los de los españoles" (1). Ese "pensador y estadista de vastas miras", cuya "avanzada orientación ideológica" tanto entusiasmo despierta en el doctor Levene y su escuela, opina con Matienzo, Acosta y Agis que "las mitas no sólo son lícitas sino inescusables (2), aunque derrama al mismo tiempo el bálsamo consolador de la esperanza en Dios, "que aumentará por otras vías los tesoros que se minoraren para aliviar a los Indios" (3).

No menos "humanitario" y "avanzado" se muestra Solórzano en el trato que aconseja con negros, mestizos, mulatos y judíos y judaizantes. No pone en tela de juicio la esclavitud, ni cree necesario reglamentar las relaciones entre amos y esclavos. Muéstrase partidario de la libertad individual . . . de los esclavistas, y sólo pide para defenderla severos castigos a los negros cimarrones que la subvierten al querer conquistar la propia (4). Dice que sobre mestizos y mulatos "cae la mancha del color vario, y otros vicios, que suelen ser como naturales, y mamados en la leche" (5), y prohibe a los segundos "que sienten plaza de soldados" (6). Con el hereje a judaizante su "fórmula" no puede ser más "liberal": ordena que sea "preso y juzgado y castigado por los Inquisidores que allí residan (en América), sin necesidad de remitirlo al lugar de origen o domicilio" (7). Su minuciosidad llega hasta pedir la expulsión de los gitanos de las Indias.

Para cerrar la cadena de elocuentes citas diremos que el autor de Política indiana sigue a la ley al pie de la letra cuando prohibe tener "viñas, sedas, olivares, y otras cosas, que puedan acortar el comercio de España" (8).

No es menester gran perspicacia para comprender que Solórzano y, en general, el derecho hispano-indiano no tuvieron la menor influencia en la formación de una conciencia revoluciona-

---

(1) Ibídem, t. I, pág. 97,
(2) Ibídem, t. I, pág. 97.
(3) Ibídem, t. I, pág. 141.
(4) Ibídem, t. I, pág. 223.
(5) Ibídem, t. I, pág. 221.
(6) Ibídem, t. I, pág. 222.
(7) La alusión corresponde al siguiente párrafo de Levene (op. cit., t. I, págs. 29-30): "Los humanistas, economistas y juristas hispanos e indianos han influido en el espíritu de los hombres representativos de la generación revolucionaria de América, no sólo para suministrarles el caudal de su saber, sino también porque definieron fórmulas liberales . . .". El subrayado es nuestro. R. P.
(8) Política indiana, op. cit. t. I, pág. 100.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ria en América, a no ser que se entienda por influencia el repudio y la indignación que las leyes en uso tenían necesariamente que provocar en una juventud ansiosa de reformas y de justicia, lectora asidua de los temidos filósofos del siglo XVIII. Mariano Moreno estudió a fondo Política indiana y leyó a Francisco de Castro, Juan de Hevia Bolaños, fray Gaspar de Villarroel y otros españoles, sin otra intención y sin otro provecho que los derivados del conocimiento profesional de los legisladores, teorizadores y comentaristas del derecho colonial vigente. Ir másallá nos llevaría a aceptar, con igual sinrazón, que la Suma Teológica de Santo Tomás de Aquino habría contribuído a la preparación ideológica de la Revolución de Mayo por ser uno de los libros más leídos en el virreinato a fines del siglo XVIII (1) y por haber dado pábulo, al justificar la resistencia al tira y la negativa a aceptar leyes injustas, a más de una oposición al despotismo de los togados.

El grupo de estudiantes de la Universidad Real y Pontifical de Chuquisaca que se reunía secretamente para dar salida a su pasión revolucionaria y cambiar ideas sobre las conducta a seguir frente al sistema español (2), tuvo por maestros a los filósofos y enciclopedistas franceses y aspiraba a seguir las huellas de los revolucionarios de 1789 (3). Aprendía por obligación las pesadas sentencias de la doctrina oficial, pero se deleitaba y enardecía con la prosa penetrante de los escritores rebeldes. Si Rousseau no ayudaba a aprobar exámenes, Solórzano tampoco contribuía a abrir nuevos rum-

---

(1) G. R. Moreno, en la nota 70 de su libro (pág. 454, op. cit.) dice haber descubierto en Bolivia variedad de ediciones latinas de aquella época de Santo Tomás y afirma el extraordinario ascendiente del autor de la Suma Teológica.

(2) "Por los años 1801 ó 1802 el grupo de descontentos, de que hay noticia cierta, se componía de argentinos y altoperuanos pertenecientes a los cursos universitarios. Muy en breve todos ellos pasaron a ser corifeos de la revolución, distinguiéndose por su amor a la libertad y sus sacrificios por la independencia. Eran todos amigos y fraternizaban entre sí por el vínculo de la más perfecta unidad de ideas y sentimientos contra la metrópoli", Ibídem, pág. 55.

(3) Luis Roque Gondra (Las ideas económicas de Manuel Belgrano, Buenos Aires, 1927, pág. 23) afirma, no sabemos inspirado en qué razón esotérica, que "el foco revolucionario de Chuquisaca... es una leyenda forjada por Manuel Moreno, admitida sin otros elementos de juicio, por el nacionalismo de trocha angosta de los escritores bolivianos, Gabriel René Moreno y Valentín de Abecia". Manuel Moreno tenía por lo menos una razón que hasta Gondra reconoce: "una confidencia íntima del doctor Mariano Moreno", pero el biógrafo de Belgrano no da, en prueba de su nihilismo, más que algunas citas de autores italianos que no vienen al caso.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

bos. La juventud tenía que optar entre la hermenéutica de la legislación feudal y el llamado a la lucha de los filósofos de la burguesía revolucionaria. Dejaba la primera para los claustros y reservaba los segundos para sus lecturas y debates secretos.

Esa inquietud y contradicción latente llegó a los estrados mismos del foro, a tal punto que un fiscal, don Victorian de Villava, creyóse en el deber de romper lanzas a favor de ideas más liberales. Sus Apuntes para una reforma de España sin trastorno del gobierno monárquico, ni de la religión (1), redactados en 1797, circularon manuscritos por el virreinato. Proponíase con su reforma "evitar una revolución que los mismos abusos prepararan, que el ejemplo de otros pueblos anticipa, y que debe temerse más que los males que padecemos y tanto deseamos enmendar". Declaraba que el gobierno "no debería componerse de indivíduos elegidos por el Rey, ni que hubieran hecho su carrera por la toga o la milicia, sino de individuos elegidos y sorteados en las provincias". Defendíase de la acusación de revolucionario con estas palabras: "Que me atribuyan deseos de fomentar lo mismo que quisiera no ver. Me importa poco o nada que los hombres me atribuyan fines torcidos si mi intención es recta. Mientras tanto, es una realidad que nuestro estado social es violento: nada violento es durable".

El escrito del fiscal pone de manifiesto que el notorio descontento de la población indígena sumía en la intranquilidad a las cabezas más lúcidas de las clases dominantes (2). Mariano Moreno conoció de cerca a Villava (3) y, haya o no frecuentado su amistad, lo admiró profundamente.

La estructura económica de la sociedad altoperuana había entrado en aguda crisis a fines del siglo XVIII. Agotábanse las minas al cabo de dos siglos de irracional explotación y las olas de mercancías extranjeras que llegaban de Europa por Buenos Aires anegaban la producción local de géneros y otros artículos (4). Los li-

---

(1) Publicados en 1882 por la Impresa Alvarez. Su título original era **Apuntamientos para la reforma del reino.**

(2) Villava era partidario de la monarquía constitucional y "estimaba que la democracia engendraría, inevitablemente, la anarquía, derramándose ríos de sangre y anunciando la dominación de los déspotas". V. Ricardo Levene, op. cit., t. I, pág. 56.

(3) Villava falleció en diciembre de 1800. Ibídem, t. I, pág. 59.

(4) Desde la fundación del virreinato del Río de la Plata, y muy especialmente a partir de 1795, comenzaron las grandes introducciones inglesas por el puerto de Buenos Aires.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tigios que se ventilaban ante la Real Audiencia reflejaban la urdimbre de ese violento estado social.

Los mineros y azogueros, los dueños de obrajes y las familias poseedoras de mano de obra servil, descargaban sobre los indios todo el peso de una explotación que la crisis intensificaba al máximo grado. Las jornadas de labor eran de sol a sol, aunque había casos de indios que trabajaban treinteséis horas consecutivas (1). La mita era la muerte para el indígena, y su adiós a los parientes, cuando partía rumbo a la mina, "más parecía la exequia de un muerto que la despedida de un vivo" (2).

Victorian de Villava había escrito en 1793 un Discurso sobre la Mita de Potosí (3) que desató acaloradas polémicas entre los dos bandos que ya dividían a la sociedad altoperuana. "La mita —decía— es la peste de los indios, así también por la variación del clima y trabajo, como los vapores pestíferos de los metales y los subterráneos, y los que igualmente sobreviven a sus desgracias suelen quedar tan corrompidos y enfermos que fuera mejor que no volvieran a sus hogares". Defendía el fiscal la racionalidad del indio y su derecho a la libertad, en oposición al concepto dominante en la legislación que lo consideraba menor de edad. Afirmaba que el indio no era tan indolente como se suponía y que no debía obligársele por la violencia a trabajar en las minas.

El gobernador intendente de Potosí, don Francisco de Paula Sánz, tomó la pluma para refutar a Villava. En su Contestación acusaba al indio de ser aún más indolente de lo que creía el autor del Discurso, y manifestaba que la mita era útil y ventajosa al indio y que con justicia podía forzársele a ese trabajo (4). Villava le replicó que "de tantos Prosélitos pues que tienen la gloria de haber hecho el Papel que se ha escrito en Potosí (se refería a la Contestación de Paula Sánz), defendiendo la opinión que sostiene por útil y necesario el servicio Personal de los Indios en las Minas, no espero convencer uno, y sólo confío tener algunos sequaces entre los pocos filósofos amantes de la humanidad que lean mis escritos" (5).

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(1) Revista de Buenos Aires, t. XXIV, Francisco Alvarez Reyero: Relación dada al virrey de Lima.
(2) Ibídem, pág. 6.
(3) Ibídem, pág. 6 y siguientes.
(4) Ricardo Levene, op. cit. t. I, pág. 48.
(5) Ibídem, pág. 49.

Pronto la concesión de nuevas mitas llevó al terreno de los hechos la controversia entre el fiscal y el gobernador intendente. Paula Sánz, aconsejado por el asunceño Pedro Cañete y citando la autoridad de Solórzano, apoyaba a los mineros y azogueros en su reclamo de ampliación del servicio de mitas. Villava se mantuvo impertérrito y aseguró que, en bien de los indios, estaba dispuesto a ponerse contra los curas, contra los azogueros, contra los hacendados y hasta contra su padre (1).

Las ideas de Villava y el recuerdo de sus alegatos flotaban en los círculos forenses de Chuquisaca y compaginaban con las doctrinas de los libros prohibidos. Latían en el ambiente intelectual ansias incontenibles de independencia y de reforma. La Universidad, la Academia Carolina y el foro eran viveros de descontentos que en pláticas y reuniones transmitíanse su común decisión de terminar con el despotismo de la administración española (2). Los estudiantes callaban sus sentimientos en presencia de los tediosos expositores del derecho canónico y los miembros de la Academia mentían sus pensamientos cuando el oidor asistía con gran solemnidad a las disertaciones de los futuros jurisconsultos. La simulación avivaba el espíritu rebelde. Por ese trance había pasado Juan José Castelli (3) y pasaría Bernardo Monteagudo, quien en su exposición del 3 de junio de 1808 decía: "El Rey asegurado en su trono reina pacíficamente y rodeado del resplandor que recibe de la misma Divinidad alumbra y anima su vasto reino. Ninguna idea de sedición llega a agitar el corazón de sus vasallos: todos le miran como a imagen de Dios en la tierra, como fuente invisible del orden y el Astro predominante en la sociedad civil" (4). Cuesta imaginar tanto retorcimiento retórico en el ardiente publicista que cuatro años después justificábase de su servil moderación de otra época con estas palabras estampadas en la Gaceta de Buenos Aires: "¿Quién se atrevía en aquel tiempo a mirar las cadenas con desdén, sin hacerse reo de un enorme atentado contra la autoridad de la ignorancia? . . . Si alguno por desgracia rehusaba idolatrar el despotismo y se que-

---

(1) Ibídem, pág. 53.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(2) La Academia Carolina era una institución intermedia entre la Universidad y el foro, a la que ingresaban los estudiantes de jurisprudencia antes de concluir sus estudios. Los cursos duraban dos años.

(3) Estudió en Chuquisaca desde 1786 a 1788.

(4) G. R. Moreno, op. cit. págs. 456-457, nota 79.

jaba de la opresión, en breve la mano del verdugo le presentaba en trofeo sobre el patíbulo y moría ignominiosamente por traidor al rey" (1).

Mariano Moreno eludió el planteamiento del escabroso problema de la soberanía en su disertación ante la Academia Carolina para optar al título de doctor en jurisprudencia y se redujo a analizar la ley 14 de Toro sobre los bienes del marido o la mujer que contraía nuevas nupcias. No comprometió su opinión con un ditirambo forzado, ni desafió la soberbia de los puntillosos funcionarios de la Audiencia con la exhibición de sus propias ideas.

El éxito de la revolución contra la administración real obligaba a la hipocresía. ¿No la predicaba hasta el exaltado presbítero Juan Antonio Medina, profesor de Moreno en la Universidad y luego miembro preponderante de la Junta Tuitiva de La Paz? Medina dirigía a sus amigos patriotas estas palabras memorables: "He ahí al déspota insolente,que hace alarde de su arbitrariedad. No dice: porque es justo, porque sí es necesario, ni siquiera porque así lo creo y me parece conveniente. Lo que dice es: mando lo contrario a las leyes, porque así lo quiero, porque así se me antoja, porque tal es mi voluntad. Pero la hora de la reforma está por sonar; y la revolución se acerca. Audituri estis praelia et opiniones praeliorum. Videte ne turbemini... Oportet enim hoc fieri, sed nondum est finis. Oiréis guerras y rumores de guerras, pero no os turbéis; pues todas estas cosas han de suceder, mas el plazo no ha llegado aún (2). Y cuando el 25 de mayo de 1809 el plazo llegó por fin, compuso una proclama con el siguiente llamado a la insurrección: "Revelad vuestros proyectos para la ejecución, valerosos hijos de La Paz y de todo el imperio del Perú". Era el momento de abandonar la hipocresía.

Pero si Mariano Moreno fué discreto en la prueba final de la Academia, no guardó tanto recato en un trabajo leído poco tiempo antes con el título de Disertación jurídica sobre el servicio personal de los indios en general y sobre el particular de Yanaconas y Mitarios (3).

---

(1) Bernardo Monteagudo: Horizontes Políticos, Buenos Aires 1944, Jackson, t. 5, págs. 129-130.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(2) Colección de Arengas, etc., págs. XXXIX y XL, G. R. Moreno, op. cit., pág. 56.

(3) Revista de Derecho, Historia y Letras, t. XXXVII, 1911, páginas 377 y 582.

Es su primera obra polémica y crítica de las condiciones sociales imperantes en la Colonia. Descubre en la misma cualidades excepcionales, por el medio en que le tocara actuar, de investigador consciente de la importancia de la historia y de los datos estadísticos en la dilucidación de los problemas que planteaba la aplicación de las leyes indianas. No cita a Montesquieu por supuesto, pero pone en evidencia un rigor objetivo que no proviene de Solórzano , al que sin embargo invoca a menudo, sino de sus lecturas francesas. Aunque los oidores de la Real Audiencia no han podido resistir las impetuosos razones del fiscal Villava, Moreno tiene que guardar las formas ante ellos y por eso endosa al rey sus propios anhelos de justicia cuando asevera: "Nada han mirado nuestros católicos Soberanos con mayor celo y vigilancia desde el descubrimiento de las Indias, que la conservación de sus Naturales en una entera y verdadera libertad" (1). Pero también señala acremente que "impelidos por bárbaros exemplos de la antigüedad; o más bien seducidos por los ciegos impulsos de su propia pasión, no dudaron muchos sostener que los indios debían según toda justicia vivir sugetos baxo el grave y penoso yugo de una legítima esclavitud llegando a tanto el desvarío que el Obispo del Darien Dn. Fr. Tomás Ortiz en las porfiadas y repetidas disputas que sobre este punto sostubo contra el Obispo de Chiapa a presencia del Sor. Emperador Carlos 5º y sus Consejos, se atrevió a afirmar que los habitantes de las Indias eran a natura siervos, fundado sin duda en una extravagante doctrina de Aristóteles, que a entenderse baxo el literal sentido que presenta, no da la mejor idea de las decantadas luces de su Autor".

¿No opinaba exactamente lo mismo que el obispo de Darién el autor de Política indiana y no recurría acaso Solórzano a San Agustín y Aristóteles en demanda de citas para fundar su idea de que los indios eran "siervos y esclavos por naturaleza"? Sin embargo Mariano Moreno se vale de la autoridad del jurista indiano para probar precisamente lo contrario. La devoción a la justicia de los togados no llegaba al punto de aceptar un desafío a la soberanía real o a la infalibilidad de los textos consagrados. El disertante estaba obligado a emplear un lenguaje a lo Esopo y a mechar con nombres respetados sus ataques contra el régimen de la mita.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(1) Ibídem, pág. 379.

Las ideas del siglo de las luces sólo se aceptaban envueltas en una artificiosa erudición clásica.

Moreno sostiene en su trabajo que las leyes de Indias son buenas, pero que los encomenderos y funcionarios falsearon su espíritu. Cabe, en consecuencia, formular la siguiente pregunta: ¿creía Moreno que eran lícitas la encomienda y la mita, instituciones básicas, quiérase o no, del derecho indiano? De ser así, de limitarse a criticar los abusos en su aplicación y no las instituciones en sí mismas, tendrían razón quiénes buscan en los juristas españoles las fuentes ideológicas de la revolución de 1810. Sin embargo, Moreno pide a la Audiencia que se arranque "de raíz tan ilegítima servidumbre", es decir que se destruyan los fundamentos del Código Indiano (1). En nombre del acatamiento a la ley proclama la anulación de la ley. Apuntaba en aquel entonces la oposición al derecho feudal español sin que osara todavía presentarse públicamente el derecho bebido en las vertientes ideológicas de la burguesía revolucionaria.

Eixste un documento, mencionado muchas veces por Levene, que destruye definitivamente hasta la menor sospecha de que Mariano Moreno pudiera sentir algún respeto por las leyes de Indias. Nos referimos a los cuatro artículos que, con el título de **Sobre las miras del Congreso que acaba de convocarse, y constitución del Estado** (2), publicó en la Gaceta de Buenos Aires en diciembre de 1810. Ya era secretario de la Primera Junta y podía, por lo tanto, "mirar las cadenas con desdén". Escribe: "¿Podrá llamarse nuestro código el de esas leyes de Indias dictadas por neófitos, y en que se vende por favor de la piedad lo que sin ofensa de la naturaleza no puede negarse a ningún hombre? . . . un espíritu afectado de protección y piedad hacia los indios, explicado por reglamentos, que sólo sirven para descubrir las crueles vejaciones que padecían, no menos que la hipocresía e impotencia de lós remedios que han dejado continuar los mismos males, a cuya reforma se dirigían; que los indios no sean compelidos a servicios personales, que no sean

---

(1) Hay la tendencia a presentar la encomienda y la mita como contrarias al espíritu de las leyes de Indias. Nada tan opuesto a la verdad. El Código indiano legisla sobre ellas so pretexto de morigerarlas y proteger al indio, pero da por supuesta y admitida su existencia.

(2) Ver Mariano Moreno: **Rumbos de una Nueva Nación.** Grandes Escritores Argentinos, volumen LII, Jackson, Buenos Aires, páginas 240-241.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

castigados al capricho de los encomenderos, que no sean cargados sobre las espaldas; a este tenor son las solemnes declaratorias, que de cédulas particulares pasaron a códigos de leyes, porque se reunieron en cuatro volúmenes; y he aquí los decantados privilegios de los indios, que con declararlos hombres, habrían gozado más extensamente, y cuyo despojo no pudo ser reparado sino por actos que necesitaron vestir los soberanos respetos de la ley, para atacar de palabra la esclavitud, que dejaban subsistente en la realidad.

Guárdese esta colección de preceptos para monumentos de nuestra degradación, pero guardémonos de llamarlo en adelante nuestro código; y no caigamos en el error de creer que esos cuatro tomos contienen una constitución . . .".

No son por cierto esas palabras las de un admirador de las leyes de Indias, ni menos las de un discípulo de don Juan de Solórzano y Pereyra.

En las tumbas del subsuelo altoperuano, mezclados mineral y carne humana para amasar la riqueza de los presuntuosos señores que mandaban en audiencias, gobernaciones y arzobispados, veía Mariano Moreno ese mismo pueblo, substancia primaria del contrato social, que Juan Jacobo examinaba en las arcaicas organizaciones del mundo occidental. No podía pregonar sus ideas, "sin hacerse reo de un enorme atentado contra la autoridad de la ignorancia". Manteníase por eso dentro de los ámbitos del más absoluto respeto a la legalidad formal. Sus dos disertaciones de la Academia le valieron el doctorado en jurisprudencia.

No faltaban pleitos a los letrados de Chuquisaca, aunque fueran forasteros, no ligados por parentesco a las familias próceres de la Colonia. Los desdichados yanaconas siempre tenían alguna cuestión de tierras o de dinero que dirimir con los poderosos amos de minas y latifundios, y, como era natural, sólo los abogados pobres, muy honrados y que por tener escasas o ninguna influencia no podían temer perderla, se prestaban a asumir la defensa, no sin correr graves riesgos (1). Mariano Moreno figuraba entre éstos y estuvo en un tris de ser víctima del celo que puso a favor de uno de esos despojados. Su hermano informa que "una defensa vigorosa de un infeliz, a quien uno de los jueces había atropellado, hubo de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(1) "...la causa de los ricos siempre tiene muchos abogados y la de los infelices apenas halla procuradores", escribía Villava.

costarle muy caro, si no se hubieran interpuesto con tiempo los respetos de las personas que lo favorecían" (1).

Guárdase noticia de dos defensas que, a no dudarlo, le valieron la malquerencia de los funcionarios. En una de ellas denuncia al gobernador intendente de Cochabamba por su injusto proceder con los hijos de José de Siles y en la otra toma el partido del indio Manuel Ari para atacar sin piedad al alcalde de la provincia de Chayanta, don Cayetano Padilla (2). Esa inflexibilidad en pro del derecho de los débiles le crea una situación difícil frente a las clases dominantes que hace imposible su permanencia en Chuquisaca.

Antes de partir de regreso al terruñó, quiso contemplar con sus propios ojos esa realidad que había entrevisto en las demandas de sus defendidos. Viajó hasta Potosí, la ciudad de la aventura de todo español ávido de fortuna. Vió la mita y a los descendientes de los quichuas y aymarás, aun no repuestos de la sorpresa de los guerreros de Pizarro, seguir desangrándose en una tarea gratuita y odiosa (3). Miles y miles de hombres, mujeres y niños, restos de la sociedad precolombiana, arrastraban una existencia de esclavos en los campos de trabajo forzado, bajo el terror de los corregidores. Casi todos ellos morían antes de poder pagar íntegramente sus deudas. Los azotes, el cepo, los largos encierros en celdas de tortura les causaban menos horror que la orden de ir a los obrajes: las mujeres lloraban la muerte de sus maridos o de sus hijos al ser conducidos éstos a tales faenas. La más temida de todas las injurias, el corte de cabello, marcaba al indio que había dejado de pagar religiosamente su tributo al corregidos o al cura.

Llenábasele sin duda a Moreno el corazón de angustia, cuando al pasar a través de las sementeras o de los campos de pastoreo, las cholas y los cholitos huían a lo lejos por riscos y ásperas que-

---

(1) Manuel Moreno, op. cit., pág. 59.

(2) Guillermo F. Elordi: **Mariano Moreno**, Buenos Aires, El Ateneo, 1943, págs. 80-81.

(3) El salario era ilusorio. Un mitayo de haciendas de sembradío ganaba 14 a 18 pesos anuales y pagaba 8 de tributo. Además, tenía que hacer frente a los gastos del culto (nacimientos, casamientos, defunciones, etc.). Con el resto podía comprar las tres varas de jerga que cubrían su cuerpo, si el corregidor no le obligaba antes a recibir artículos que le eran absolutamente innecesarios a precios exorbitantes. V. Jorge Juan y Antonio de Ulloa: Noticias secretas de América, Londres, 1836. Imprenta Taylor, parte II, págs. 263-264.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

bradas, porque lo confundían con uno de esos españoles que los perseguían y maltrataban desde la cuna hasta la tumba.

En medio de tanto dolor, de tanta desventura y de tanta miseria, el viajero descubrió indignado que los corregidores ganaban millones de pesos y que los curas, rodeados de concubinas, se regodeaban entre las gallinas, los cerdos, los huevos y otros camaricos que les regalaban feligreses aterrados y envilecidos. Comprobó que los indios caciques, alcaldes o empleados al servicio de la Iglesia y los corregidores, no pagaban tributo alguno: eran instrumentos corrompidos de la más inícua de las explotaciones.

"El Dr. Moreno —escribe Manuel— conservó toda su vida una viva impresión de la lamentable escena que había presenciado, y tanto el conocimiento de lo que pasa en estos lugares, como la general noticia que adquirió durante su permanencia en el Perú, le hacían freqüentemente unirse con los piadosos sentimientos de un virtuoso prelado de la Paz, que tocado del espectáculo de estas desgracias e injusticias, solía decir en sus conversaciones, que pasaría gustoso el resto de su vida en los obscuros calabozos de los Moros, por no tener el triste desconsuelo de ver servir los Indios sin salario, y siempre sugetos sin recurso al capricho de los opresores de su libertad y usurpadores de sus bienes" (1).

Si la vida mostraba a Mariano Moreno el dantesco espectáculo de los infelices despojados totalmente de sus tierras, esquilmados, azotados y condenados a muerte lenta, la historia reciente le enseñaba que en la masa indígena se incubaba una rebelión incontenible. De algunos años antes databan las últimas insurrecciones. A mediados del siglo XVIII, los indígenas de Oruro habían mantenido durante casi dos lustros en jaque a las autoridades españolas, bajo la inspiración y la jefatura del mestizo Juan Santos, que se hacía llamar Atahualpa o Atu-Hinca, como descendiente de los monarcas del extinguido imperio. Casi simultáneamente, los indios de Huarochiri libraron una lucha tan sangrienta y tenaz contra los funcionarios reales que sólo la ejecución de Apu-Inca, su cabecilla, puso algo de calma en esa agitación constante (2).

Treinta años después, en 1780, los indios de Chuquisaca, Oru-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(1) Manuel Moreno, op. cit., págs. 64-65.

(2) Lincoln Machado Ribas: **Movimientos revolucionarios en las colonias españolas de América.** Claridad, Buenos Aires, pág. 123.

ro y Cochabamba respondieron en masa al llamado a la rebelión que les hiciera Tomás Catari. Este dirigente y sus hermanos murieron a manos de los españoles. Pero el 4 de noviembre del mismo año se iniciaba en Tinta el más extenso y pujante movimiento revolucionario indígena conocido desde los tiempos de la conquista. Mandados por el cacique de Tungasuca, don José Gabriel Condorcanqui, descendiente del inca Tupac-Amarú, decapitalo en 1571 y cuyo nombre adoptó (1), los insurrectos pasaron a degüello a millares de españoles, se apoderaron de decenas de poblaciones y obligaron a los virreyes del Río de la Plata y del Perú a movilizar las fuerzas de que disponían en dirección al altiplano. La primera disposición de Tupac-Amarú fué abolir los repartimientos y las mitas y anular los tributos por medio de un decreto en el cual se proclamaba emperador con el título de: "D. José I por la gracia de Dios, Inca del Perú, Santa Fe, Quito, Chile, Buenos Aires, y Continente, de los Mares del Sur, Duque de la Superlativa, Señor de los Césares y Amazonas, con Dominios en el Gran Paititi, Comisionario y Distribuidor de la Piedad Divina por el Erario sin par" (2).

Todas las fuerzas reaccionarias de dos virreinatos se unieron para apagar ese incendio, y el obispo del Cuzco, Monseñor Moscoso, dejó caer la excomunión sobre la altanera cabeza del nuevo Inca. La rebelión fué aniquilada sin piedad. Los oidores de la Real Audiencia de Charcas cerraron las páginas apolilladas del viejo Solórzano y brindaron al vecindario, durante el carnaval y la cuaresma del año 1781, espectáculos dignos de los días de oro del Santo Oficio. Las fiestas comenzaron el 17 de marzo con 11 rebeldes ahorcados por la mañana en el Prado y otros 14 azotados y mutilados por la tarde en la plaza mayor. Continuaron en sucesivas jornadas con nuevos ahorcamientos, descuartizamientos y degüellos, matizados con ejecuciones a arcabuz a secas para que la diversión no fuese monótona, y culminaron el 18 de mayo con el descuartizamiento de Tupac-Amarú, después de haberle cortado la lengua (3).

No habían transcurrido tres años de aquella sublevación,

---

(1) Ibídem, pág. 125.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(2) Máximo Soto Hall: **Síntesis del proceso revolucionario en Hispano América hasta 1800.** En **Historia de la Nación Argentina**, op. cit., pág. 211.

(3) Gabriel René Moreno, op. cit., pág. 455, nota 72. Ver también el tomo Vº de la Colección de Angelis.

cuando los indios de la provincia de Huarochiri volvieron a levantarse en armas a las órdenes de Felipe Velasco, que tomó el nombre de Tupac Inga Yupanqui y se presentó como representante del ya legendario Tupac-Amarú (1). Velasco pagó su audacia con el descuartizamiento, acusado de haber propagado la falsa noticia de que Tupac-Amarú vivía aún.

Esas feroces represiones dejaron profunda impresión en todos los sectores de la sociedad altoperuana, pero mayor todavía era el miedo que experimentaban las clases dominantes ante la posibilidad de que pudieran estallar nuevos movimientos indígenas. Estos no contaron con aliados. Su propósito de restablecer el imperio de los Incas les enajenaba las simpatías y la ayuda que habrían podido conseguir de otros estamentos también descontentos de la población. Los criollos temían, no sin motivo, ser víctimas del sectarismo racial de los insurrectos, y hasta la juventud patriota, que ya lucubraba ideas de independencia, mantúvose espectadora de los sucesos.

Los españoles habían armado a los mestizos para que defendieran las ciudades del asalto de los indios, pero luego los desarmaron y reemplazaron por granaderos de Extremadura, enviados desde la península. Los funcionarios reales confiaron a los chapetones la defensa del sistema. Ese desplazamiento hizo estallar graves motines en julio de 1785. Una multitud compuesta de hombres y mujeres de todas las edades colmó la plaza de Chuquisaca, puso en libertad a los presos, saqueó el parque y el depósito de pólvora, y arrojó piedras y ladrillos a los soberbios granaderos de Su Majestad (2). El grito de "¡Guerra queremos, guerra, y aguardamos la ocasión!", hizo temblar al virreinato y los altos jerarcas eclesiásticos y civiles temieron que los mestizos se precipitaran por una peligrosa pendiente que los llevara a desatar nuevas y más vastas insurrecciones indígenas y a unirse a ellos.

También una sangrienta represión puso fin a la sublevación de los mestizos. Hasta el presidente de Chuquisaca, don Ignacio de Flores, fué acusado de favorecer el levantamiento, porque su condición de criollo lo hacía sospechoso a los suspicaces peninsulares. Flores murió al año siguiente en un calabozo de Buenos Aires (3).

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(1) Máximo Soto Hall, op. cit., pág. 216.
(2) Gabriel René Moreno, op. cit., pág. 48.
(3) Ibídem, pág. 49.

La paz de los sepulcros, sólo perturbada por la voz agorera del fiscal Villava, reinó desde entonces en el Alto Perú. Pero debajo de la losa bramaba el odio, un odio ácido que carcomía las conciencias por dentro y que impregnaba toda la vida social. El último coraje de los indios parecía haberse extinguido para siempre con el sacrificio de Tupac-Amarú y los mestizos se sentían acosados y encadenados por dos razas que, por pertenecer a ambas a la vez, los repudiaban por igual.

La rebeldía buscó el camino de la inteligencia y el descontento se tradujo en fórmulas jurídicas y sociales arrancadas de los libros prohibidos. Los ideólogos de la Revolución Francesa llevaron a Chuquisaca el rayo que alumbró las tinieblas. Mariano Moreno y sus amigos patriotas de las reuniones secretas se sentían contemporáneos filosóficos de Rousseau y de los enciclopedistas sin ser sus contemporáneos históricos. Entre la Francia jacobina y el Alto Perú de la mita se extendían siglos. ¿Podrían recorrerse en días esos largos caminos de la historia? El porteño se había ilustrado en Chuquisaca, pero probaría en Buenos Aires si las ideas francesas hallaban cauce y tierra fecunda.

Con los diplomas de doctor en jurisprudencia y cánones bajo el brazo, las doctrinas de Rousseau y Montesquieu bullendo en la cabeza atormentada de inquietudes y la amargura de verse casi expulsado del Alto Perú por su devoción a la justicia, Moreno regresó a la capital del virreinato luego de su recorrida por el infierno de los yanaconas.

Primera de las cuatro conferencias pronunciadas en el cursillo sobre Mariano Moreno (24 de junio de 1946).

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Ubicación histórica y psicológica del taylorismo

(La aparición de la administración científica de la empresa)

Por JOSE A. GILLI

1. CUESTION PRELIMINAR

Si se examina el taylorismo como una simple teoría organizativa del trabajo y en relación únicamente con las teorías anteriores, es decir, desde un punto de vista puramente teórico, haciendo aparecer sus semejanzas y diferencias con los sistemas que suplantó, sólo se tendría una idea abstracta del mismo. Se haría una historia más de las ideas, en el sector de la organización industrial: se describiría su sucederse; su análisis sería puramente formal, conceptual, en suma, un ejercicio más de lógica.

Un estudio de esa naturaleza, a mi juicio, carecería de interés. Además, podría inducir a error, porque el taylorismo aparecería como una fantasía o elucubración de un doctrinario iluminado, que se hubiese propuesto resolver a su manera los conflictos entre el trabajo y el capital; ése, fué, en efecto, el móvil determinante de Taylor.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

En cambio, mi propósito es demostrar que el taylorismo es una respuesta histórica; una doctrina o un sistema que un país,

en un momento determinado de su desenvolvimiento, necesita que aparezca porque responde a una necesidad social, por eso digo que es una respuesta histórica: una contestación que da un clima histórico. por intermedio de un precursor —en este caso, Taylor— a un conflicto que el progreso técnico o humano plantea con irreprimible urgencia.

Conviene hacer notar que la respuesta no es única; puede ser, y lo es con frecuencia, multiforme; surgen varias en una misma época histórica, entre las que se establece una especie de pugna. De ésta sobrevive con pujanza la que se adecúa más a las fuerzas productivas en presencia, precisamente, aquélla capaz de asegurar la continuidad del movimiento histórico de progresión económica.

Ese conflicto entre las fórmulas en presencia es una verdadera lucha por la vida, que determina una selección entre las doctrinas o sistemas que mejor aseguran la progresión técnica. Ello no significa la desaparición súbita de las demás, al contrario, sobreviven como aletargadas, enquistadas en la forma industrial a la cual interpretan, asegurando su modo particular de movimiento.

En cada momento histórico diversas fórmulas conviven, pero una, o varias, se disputan la hegemonía, por lo menos, en el plano del pensamiento, hasta que alguna de ellas se inserta en la realidad industrial que las ha hecho surgir.

Nos proponemos describir esquemáticamente el desarrollo histórico de las formas de la producción manufacturera, de la fábrica, en sentido estricto. En el curso de la misma nos plantearemos algunas preguntas cuyas respuestas las formularemos a título provisorio, y como base de un eventual análisis ulterior.

Cuando examinemos el taylorismo en detalle haremos ver que él no fué la única respuesta histórica a un problema planteado por el tiempo. Simultáneamente, aparecieron los salarios modernos. En la misma época, surgieron, también, el movimiento para ahorrar trabajo, "saving labour", y la consolidación de las empresas, con su doble objetivo de disminución de los gastos generales administrativos y la elevación subsiguiente de los precios de los productos elaborados.

Un factor concurrente a la creación del clima histórico de esa época, fué la elevación vertiginosa de los salarios por obra de los sindicatos obreros.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

En resumen, deseamos destacar con nitidez cómo un invento, o un sistema de organización de trabajo, es un producto histórico, que se hace conciente en un precursos; es decir, es un conflicto que se resuelve teóricamente en la conciencia del inventor, o de un pensador; solución que puede surgir a través de varios individuos, a la vez, sin que ello signifique la identidad de las soluciones halladas, ni que ellas obtengan el sufragio de los sectores interesados.

En nuestro caso aparecen en escena, simultáneamente, el movimiento de consolidación de las empresas, el de los salarios modernos y el taylorismo.

Es interesante destacar que los dos primeros son productos típicos de una mentalidad comercial, y el último, de una técnica.

Con este motivo, se pone de relieve la influencia activa del espíritu, es decir, de la formación intelectual de los individuos que son actores en esta lucha de sistemas. Cabría hacer, asimismo, el estudio de la psicología de los hombres dirigentes de la industria y de su influencia, a veces decisiva, en el curso de la evolución de las formas industriales, pero este examen demanda otro ensayo.

2. LA PRODUCCION GREMIAL

Cuando Guillermo de Normandía hubo consolidado la conquista de Inglaterra hizo levantar un censo para conocer con exactitud los recursos de su nuevo Estado. Este fué el origen del Domesday Book. Un feudo inglés del siglo XI podía representarse de la siguiente manera:

La tierra que circundaba a cada aldea se dividía en tres zonas: la tierra arable, la pradera y el bosque. La zona de la tierra arable era trabajada con el sistema de los tres campos. Una parte se sembraba con granos, una segunda con cebada, o avena, o habas, y la tercera se dejaba sin cultivar. Este sistema representaba un notable progreso respecto del campo único que producía un rápido agotamiento del suelo.

La zona arable estaba dividida en fajas separadas entre sí por una lonja estrecha de pasto, y cada agricultor poseía, a título personal, fracciones en cada una de esas fajas. Este sistema de distribución tenía por objeto conservar, aún dentro del sistema feu-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

dal. la igualdad de condiciones, con lo cual se evitaban los fenómenos de renta, y su acumulación eventual.

Por otra parte, el trabajo en común, la cooperación agrícola, es otra característica profunda de este sistema feudal de cultura. porque significaba la existencia de un plan, en el sentido presente del término. Plan que se establecía con la participación de todos los agricultores, es decir, democráticamente.

Este profundo sentido de justicia que reina en las comunidades agrícolas del alto medioevo ha persistido a través de toda la Edad Media y ha hecho que, salvo excepcionales cosechas, nadie podía tener réditos abundantes, incluso el propio señor feudal.

Por otra parte, el peso considerable de la tradición impedía la liberación de la iniciativa individual. El hombre existía sólo como miembro de una comunidad. En esas condiciones era difícil el nacimiento del hombre económico.

Además de la tierra de los villanos existía la tierra del señor que circundaba el castillo y que era trabajada por los villanos y los siervos.

La característica fundamental del grupo feudal, desde el punto de vista económico, lo constituía su independencia, se bastaba a sí mismo. Cada aldea tenía su molino de agua o de viento cuyos derechos de uso constituían la parte más considerable de los réditos del señor feudal. En cada aldea había un herrero, un carpintero y un pesador público.

El arte de contar y pesar estaba en sus comienzos. Las mujeres tejían telas ordinarias de lana o lino. Los hombres curtían ellos mismos los cueros de que tenían necesidad.

Esta organización feudal de la tierra reposaba, como se vé, en una forma de economía directa, en manera alguna instrumental.

El burgo de la edad media es una fusión de la agricultura y del oficio rudimentario. Los oficios se concentran en el burgo y se efectúa aquí el trueque entre los productos agrícolas y los manufacturados.

El productor independiente vendía él mismo sus artículos, de manera que la clase de los comerciantes no tenía origen en el intercambio entre el burgo y la campaña.

Los campesinos llevaban sus productos en forma de materias

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

primas o medios de subsistencia, obteniendo, en cambio, telas, calzado, artículos de madera o de hierro, etc.; lo que producían, prácticamente, servía para satisfacer necesidades recíprocas. Estamos siempre en el ámbito de las prestaciones personales. Han pasado, así, de la unidad agrícola-manufacturera, en el cual el trabajo permanecía indiviso, a un comienzo de división del trabajo social, entre la campaña y la ciudad.

El artesano es, en la ciudad medioeval, casi un funcionario público. Las autoridades toman toda clase de medidas para que preste un trabajo honesto. Las personas que desempeñan el mismo oficio deben estar aposentadas cerca, entre sí, a fin de que el adquirente pueda controlar las mercancías. A medida que la ciudad crece y se convierte en un mercado permanente, esta regla se mantiene en todo su vigor, y todavía se conservan en muchas ciudades europeas nombres de calles que indican ese hecho: calle de los zapateros, de los fabricantes de cepillos, de los joyeros, etc.

Lo que se busca con ésto es permitir un automático control de la bondad del producto y al mismo tiempo despertar su competencia.

El vendedor local es comerciante y productor al mismo tiempo. La admisión de personas extrañas a la ciudad se permite con gran desconfianza y sólo se las tolera cuando venden un producto no manufacturado en la ciudad. Toda la atención de las autoridades se dirige a impedir que la economía se desvíe de su carácter directo, de satisfacer únicamente el consumo. De ahí el rigor para impedir la formación de un estamento de no productores. El comerciante puro es constantemente vigilado.

El cuadro que ofrece el oficio medioeval es análogo al cuadro de su agricultura. La economía es directa. Se producen artículos manufacturados sobre pedidos. Cada artesano fabrica de acuerdo a un pedido personal, satisface una necesidad personal. El conoce por anticipado las necesidades de su clientela por comunicación de los interesados mismos, con los cuales se pone de acuerdo respecto de los características de las mercancías. La economía contemporánea calcula las necesidades futuras y al no tener en cuenta las necesidades actuales está movida por impulsos completamente diversos de aquella: el móvil de la ganancia. Un abismo la separa de la economía directa, de la economía para el consumo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El oficio, dice Sombard, es aquélla forma económica que nace del esfuerzo de un trabajador manual, que utiliza su habilidad, oscilante entre el arte y la actividad manual ordinaria, para fabricar y transformar los objetos de uso industrial, intercambiando sus prestaciones y productos contra equivalentes, y procurarse así, las subsistencias para vivir. El móvil económico es ganarse el sustento.

El artesano trabaja con la ayuda del aprendiz y, a veces, de un compañero. El aprendiz es el futuro maestro. El número de maestros así como el de aprendices estaba rigurosamente limitado por cada corporación. En cuanto a los compañeros, o eran maestros que no habían tenido éxito, o no habían sido aún admitidos por la respectiva corporación.

La producción tenía una base puramente manual, y dada la poca actividad de las fuerzas de trabajo empleadas, el producto total era también escaso. La técnica estaba aún en sus comienzos y los instrumentos usados a la sazón no podían compensar esas desventajas.

El maestro tenía uno o varios aprendices, en general, sus propios hijos, y, cuando más, un compañero.

En estas condiciones, el oficio se estrellaba contra la imposibilidad de aumentar las fuerzas de trabajo. La producción se veía limitada por esta deficiencia insalvable de aumentar las dimensiones del taller artesanal.

3. CAPITAL COMERCIAL Y GREMIOS

¿Se puede pasar directamente del oficio a la manufactura capitalista? O, en otras palabras, ¿se convirtió en capitalista el artesano? Es una pregunta difícil de contestar. Si se admite que el proceso histórico es rectilíneo, se dará una respuesta afirmativa. Si, en cambio, se niega que esa forma económica sea el producto de su antecedente, sino de las fuerzas que se oponen a su antecedente, y que, triunfando, se han impuesto, la respuesta será diversa. Pero, en este último caso, la respuesta será más difícil. ¿Quién se transformó en el empresario de la manufactura descripta por Adam Smith?

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Veamos cómo se han desarrollado las cosas en la tejeduría florentina del siglo XVI. El capital comercial, representado por el comerciante, compraba la materia prima y las auxiliares y las entregaba a productores independientes, propietarios de los medios de producción. Elaboradas las telas, eran vendidas por el comerciante a los consumidores. El objetivo de esta actividad era puramente la ganancia. Los Médicis, cuya fortuna había nacido en el comercio bancario, empleaban gran parte del capital en la venta de paños.

Pero, entre el comerciante y los trabajadores domésticos, que hilaban y tejían, se interpuso una densa red de intermediarios, de manera que, en realidad, eran frente a dichos trabajadores, verdaderos contratistas, es decir, empresarios.

Se puede aventurar la opinión de que la evolución del oficio no es determinada por una fuerza inmanente al oficio, crecida en el seno del mismo, es decir, mediante un desarrollo autónomo de los gremios de oficios, sino por el contacto con el capital comercial. El capital comercial no logra dominar al productor, sino recurriendo al monopolio del mercado, de la materia prima y al alza de los productos. En este preciso momento la independencia del artesano ha terminado.

El capital asume la dirección de la producción. Surge inmediatamente la necesidad de concentrar a los artesanos a fin de vigilarlos mejor, organizar el trabajo, evitar las pérdidas de materia prima, controlar la calidad y cantidad entregada, etc. Pero, para ello es menester que las fuerzas del capital hubiesen crecido enormemente y que las condiciones favorables que determinaron el oficio independiente, hubiesen cesado de existir.

Ese resultado solo podía obtenerse por la concomitancia de dos movimientos convergentes: la formación del mercado unitario nacional y la concentración del capital.

Las luchas para subyugar a los gremios fueron largas y duras. Los gremios tomaron diversas medidas para defenderse de la presión de los comerciantes, que habían logrado adueñarse del mercado. Los maestros hacían lo imposible para conservar el monopolio del trabajo. A este fin, decretaron una serie de disposiciones para impedir el aumento del número de artesanos: un aprendizaje que dura hasta siete años, desembolsos elevados para ser admitidos en

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

la corporación, la obligación de presentar una "obra maestra", para tener derecho al examen de admisión en el gremio, etc.

Pero, la corporación tenía una jurisdición puramente local, dentro de la ciudad. Los excluídos de la corporación buscaron su salvación estableciéndose afuera y es así como nació el suburbio industrial.

Este nuevo concurrente apresuró el dominio del capital comercial. Nacieron ciudades florecientes en un ambiente donde no reinaban las restricciones de la corporación: Mánchester, Birmingham, Sheffield.

Las corporaciones intentaron resistir a esta acción del capital, ensayando un precoz cooperativismo. En el curso del siglo XV, las corporaciones habían adquirido el derecho de poseer tierras. Una parte de los réditos se empleó, primero, en obras de beneficencia, y, más tarde, dando un nuevo paso, en la adquisición de materias primas para los diversos miembros de la corporación. Pero, el experimento no tuvo éxito. En otros casos, se asociaron un grupo de artesanos y un rico capitalista.

Con la decadencia de la institución corporativa que tenía diversos privilegios, los capitalistas se disputaron la sucesión.

En el período del oficio y de su superestructura jurídica, la corporación, no se puede adoptar una política económica nacional. El país se halla dividido en una serie de zonas económicamente independientes, en cada una de las cuales la corporación ejerce el monopolio del mercado.

4. HERRAMIENTA Y MAQUINA OPERADORA

La política proteccionista consagra prácticamente el fin de la hegemonía de la corporación. El productor continúa siendo un maestro asistido por uno o dos ayudantes, pero, ya no fabrica para un cliente privado, sino para el capitalista.

Esto significa que aún no existe el capital permanente invertido en máquinas. Estamos en la fase mercantil en la cual el capital funciona como capital de adquisición.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Separado el productor directo del consumidor inmediato y creado el mercado nacional se hallaban satisfechas las dos condiciones para utilizar una creación fecunda: la máquina.

Se puede decir con exactitud que la introducción de la máquina en el proceso productivo ha hecho posible la transformación revolucionaria de la sociedad.

La máquina tiene una dinámica interna y una dinámica social, es decir, además de las leyes que regulan el funcionamiento de sus varias partes, es un depósito de energía que podrá expandirse por diversas vías y que determinará relaciones sociales determinadas. A fin de comprender su potencia revolucionaria conviene examinar en qué relación se halla el trabajador con su herramienta.

La herramienta es un instrumento que el hombre interpone entre él y la materia que trabaja y reúne siempre estas condiciones: 1º) ser manejada directamente por el hombre, es decir, movida por él mismo; 2º) depender enteramente su funcionamiento de su voluntad, es decir, puesta en movimiento de modo que en cada instante la modalidad de ese movimiento dependa estrechamente de su arbitrio. Es claro que con un martillo no se corta, pero la fuerza del golpe, su dirección, el ritmo, etc. dependen del trabajador. Su efecto es puramente individual.

La máquina es puesta en movimiento por el hombre, quien determina el momento en que debe ser parada. Pero, entre estas dos fases, no se puede en manera alguna insertar la voluntad humana para modificar la serie de movimientos desencadenados por la mano del hombre en el instante inicial de su funcionamiento. Cumple siempre los mismos movimientos, con independencia absoluta de su servidor.

El instrumento, el útil, en cambio, es la prolongación de las manos, y de las varias partes del cuerpo en general, o el aumento de la fuerza de cada uno de sus miembros.

La complicación de los diversos útiles no va más allá de una cierta dimensión, por cuanto la forma y el tamaño de los instrumentos depende de la fuerza humana, que debe manejarlos.

Por otra parte, la producción realizada por intermedio de herramientas no depende en absoluto de la perfección de las mismas sino de la habilidad manual, ocupando el primer puesto el hombre mismo en todo su ser.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

En el taller del artesano el hombre adquiere todo su valor. Las "obras maestras" de los que aspiran al grado máximo dentro del oficio, eran, en realidad, manifestaciones expresivas de esa ha-

bilidad manual. De ahí que en la producción precapitalista, el oficio independiente se asiente sobre un sistema de producción técnica en el cual la habilidad y experiencia del trabajador ocupan el más alto puesto.

Cuando en 1735, John Wyalt anunció que había inventado una máquina de hilar, señalaba en realidad el comienzo de la revolución industrial del siglo XVIII. Era una "máquina" para "hilar sin dedos", como decía su programa.

Toda maquinaria desarrollada se compone de tres partes esencialmente diversas: el motor, el transmisor y el útil, receptor del movimiento, que incide directamente sobre la materia a transformarse.

En un primer momento, la máquina se compone sólo de las dos últimas partes, recibiendo su impulso motor del propio trabajador. Más tarde, se utilizará la fuerza animal, el viento o el agua, y, en un momento posterior, se aplicarán fuerzas nuevas como el vapor, la electricidad, el petróleo, etc.

Si examinamos la máquina-operadora o máquina de trabajo, propiamente dicha, reunión del útil operador y del mecanismo de transmisión, podemos observar la extrema analogía con las herramientas del artesano o del obrero manufacturero, pero adaptadas a un mecanismo. El telar mecánico es una modificación del instrumento manual, los husos de la máquina de hilar son viejos conocidos, lo mismo que las hojas de la máquina de aserrar, etc. La máquina-operadora es, pues, un mecanismo que ejecuta los mismos movimientos que el obrero con sus antiguas herramientas. Que el movimiento de esta máquina provenga del hombre o nó, la esencia no cambia. La herramienta fué transportada del hombre al mecanismo. Sin embargo, la diferencia es enorme, desde el punto de vista de la productividad. El número de herramientas que puede manejar un obrero es limitado. El número de herramientas con que trabaja simultáneamente la máquina de trabajo es independiente del límite orgánico impuesto a la herramienta manual del obrero.

En muchos instrumentos de trabajo, existe una gran diferencia entre el hombre como simple fuerza motriz y el obrero que ejecuta la operación.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

En el torno de hilar, el pie obra como fuerza motriz, mien-

tras que su mano devana, tuerce y estira, ejecutando propiamente la operación de hilar.

La revolución industrial se apodera, primero, de esta última parte, precisamente, del instrumento de oficio, y le deja al hombre su función de fuerza motora, además del trabajo de vigilancia y corrección de sus errores. En aquellos instrumentos en los que el hombre desempeña el papel de fuerza motriz, como el bombear, el tirar un fuelle, etc., es substituída por otras fuerzas, como el agua, el viento, o el animal.

De manera que el hombre en lugar de obrar con la herramienta sobre el objeto de trabajo, no actúa sino como fuerza motriz sobre la máquina operadora. La máquina de coser es un ejemplo.

Reemplazando el útil del obrero por la máquina de trabajo y confinado él mismo a la simple función de fuente de fuerza motriz, surgió, naturalmente, el problema de eliminarlo también de esta función, cuando se ensanchó el campo de trabajo de la máquina mediante la multiplicación de éstas.

Por otra parte, la máquina de hilar a medida que iba aumentando sus dimensiones hacía nacer el problema de vencer las resistencias pasivas de sus órganos y chocaba con la limitación de la fuerza humana, y era menester liberar la máquina de éste límite orgánico, de ahí los ensayos para utilizar sucesivamente la fuerza eólica y la hidráulica.

La hilandería de Arkwright fué desde un principio movida por el agua. Pronto se notaron dificultades. No se podia aumentar el agua a voluntad, ni remediar su falta. Además, imponía la servidumbre de un río. De esta necesidad de mover todas las máquinas mediante un motor, y ubicar la fábrica en cualquier sitio, se planteó el problema de su invención. La máquina de vapor de Watt, la de doble efecto, dió la solución con la cual se aceleró la revolución industrial.

Las consecuencias de su introducción fueron extraordinariamente importantes. La rueda hidráulica era local; la máquina de vapor convirtió a la manufactura independiente de los accidentes geográficos. El movimiento de la manufactura, de la ciudad hacia el campo, cambia, ahora, el sentido y retoma el camino de la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ciudad. Además, era un agente universal de movimiento, aplicable a todas las industrias; hecho que presintió su inventor.

La herramienta se desprendió del cuerpo humano y pasó a ser herramienta de un aparato mecánico, la máquina operadora. Al desarrollarse la máquina motriz como máquina independiente, con absoluta prescindencia de los límites de la fuerza humana, la máquina de trabajo pasa a ser un simple elemento de la producción mecánica.

5. EL MOTOR CENTRAL

Con la multiplicación de las máquinas operadoras movidas simultáneamente por un motor central, crece la potencia de la máquina motriz y se desarrolla orgánicamente el mecanismo de transmisión hasta convertirse en un inmenso aparato por donde circula la energía de movimiento.

El sistema mecánico de producción está caracterizado por la existencia de un motor central. Es un inmenso autómata con numerosos órganos, reunidos en talleres en los cuales se agrupan máquinas operadoras iguales.

En realidad, no se puede hablar de un sistema mecánico de producción sino cuando el producto es elaborado por su pasaje a través de una serie de máquinas de trabajo, distintas pero complementarias entre sí. Las diversas herramientas especiales de los trabajadores parcelarios se transforman en herramientas de las diversas máquinas, cada una de las cuales realiza una operación especial de transformación. Cuando se mecaniza la manufactura, las diversas operaciones parcelarias manuales sirven de base a la división mecánica de la producción.

Antes de la gran industria, la manufactura de la lana y algodón era la que predominaba en Inglaterra y ha sido esa industria el campo de experimentación de las máquinas de trabajo.

Un sistema de maquinarias es la asociación de máquinas iguales, como en la tejeduría, o una combinación de máquinas diferentes, como en la hilatura, impulsada por un automotor central. Una vez que la máquina de trabajo ejecuta todos los movimientos necesarios sin ayuda del hombre tenemos un sistema completo, susceptible de un perfeccionamiento ulterior por la simplificación,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

o una mayor subdivisión del proceso mecánico, pero el principio de la gran industria se halla en acción y se puede decir que ello ha encontrado en él su verdadero órgano de expresión.

Un sistema articulado de máquinas de trabajo que reciben sus movimientos de una fuente central de energía por medio de un aparato de transmisión, que alimenta las máquinas, agrupadas en los diversos talleres de la fábrica por la semejanza de las funciones de transformación del producto, que circula a través de todas las secciones, constituye la forma más desarrollada de la producción mecánica.

La invención de nuevas máquinas suprimió, primero, el trabajo de oficio en las industrias en que penetró, y, en un segundo momento, transformó la base de producción de las máquinas mismas mediante su producción mecánica. Así como la máquina aislada fué de pequeñas dimensiones mientras la movía el hombre, hasta el momento en que pudo desarrollarse libremente por la invención de la máquina de vapor, así también, la gran industria no adquirió un amplio vuelo hasta tanto la producción de las máquinas no pudo libertarse de la habilidad personal del obrero. Ese conflicto entre la producción manual de las máquinas que, a causa de su lentitud, no permitía la extensión de la producción a nuevas industrias, se resolvió, técnicamente, en detrimento de los oficios clásicos, que se pulverizaron en una multitud de trabajos parcelarios realizados por máquinas expresamente inventadas.

Esto hizo que las propias máquinas parcelarias de trabajo se separaran de su modelo del oficio y adquiriesen una forma libre, determinada únicamente por su destino mecánico.

Fué necesario un cierto tiempo para que la máquina de trabajo se despojara de su semejanza externa con el medio de producción del obrero de la manufactura. El telar mecánico era de madera como el movido anteriormente a mano; los fuelles de las primitivas fundiciones nada tienen que ver con los ventiladores posteriores.

El desarrollo del sistema automático y el empleo de materiales cada vez más difíciles de trabajar a mano, en razón de la substitución de la madera por el hierro, hizo presión sobre la manufactura de las máquinas mismas, lo que trajo, como dijimos

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

antes, la transformación de la propia base de producción de esas máquinas. El telar mecánico a vapor, casi todo de hierro, lo mismo que la carda de algodón no pudieron ser fabricadas a mano, totalmente.

La gran industria tuvo, pues, que utilizar su método característico de producción y producir máquinas por medio de máquinas. En la máquina herramienta utilizada para la producción de maquinarias reaparece el instrumento de oficio pero a escala gigantesca.

El operador de las perforadoras es un inmenso barreno movido por la máquina de vapor, sin el cuál no se podrían fabricar los cilindros de las máquinas de vapor y de las prensas hidráulicas; el torno es un torno ordinario ampliado en forma desmesurada; la cepilladora es un carpintero que trabaja con las mismas herramientas de su rival manual; las cizallas gigantescas cortan las chapas de los barcos con la misma facilidad que un sastre su paño, etc.

Contemplada en su apogeo, la gran industria del siglo pasado y comparada con la forma más elaborada de la manufactura que la antecedió se puede establecer que en ambas se ha desarrollado la división del trabajo hasta límites increíbles. En la manufactura, la división del proceso social del trabajo es completamente subjetiva, es una combinación de obreros parcelarios; el maquinismo de la gran industria posee un aparato de producción completamente objetivo. Podríamos decir que éste es una inmensa manufactura en que cada obrero ha sido substituído por una máquina parcelaria y animada por un automotor central que le da unidad y un ritmo funcional orgánico.

Es así como, precisamente, la define el célebre Ure, el Píndaro de la máquina automática, como dice Marx: "la fábrica es un monstruoso autómata, compuesto de innumerables órganos mecánicos y conscientes, que obran de común acuerdo para producir un mismo objeto, estando subordinados todos esos órganos a una fuerza motriz que se mueve por sí misma". Aparece, así, en relieve, uno de los aspectos de este sistema: el autómata es el sujeto, y los obreros no son sino los adjuntos pasivos de ese monstruoso autómata.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Con su herramienta pasa, también, la virtuosidad del obrero a la máquina. La capacidad productiva de la herramienta no tiene

ahora límites. Desaparece, así, la base técnica sobre la que se ha asentado la división del trabajo. El maquinismo tiende a igualar el trabajo de los ayudantes humanos. Llegado á este grado de perfeccionamiento se creyó que la base técnica de las grandes industrias había alcanzado su límite extremo. Sin embargo, en las postrimerías del siglo pasado, se inicia un movimiento en el seno del taller que estaría destinado a tener una amplia reprecusión en la industria de los años posteriores, me refiero a la denominada organización científica del trabajo, conocida también, con el nombre de taylorismo.

6. EL AUMENTO DE LOS BENEFICIOS POR LA DISMINUCION DE LOS GASTOS GENERALES

En 1890, Estados Unidos de América fué sacudido por una fiebre de negocios que no tuvo ningún parecido con ninguna otra anterior.

Fué la época de las consolidaciones. Los diarios, revistas, y publicaciones de entonces aparecían con fotografías de hombres de negocios afortunados, relataban sus hazañas financieras y su divulgación excitaba aún más el afán de las gentes por participar en los negocios que se promovían a la sazón. Las acciones industriales de toda clase experimentaban alzas considerables. Todas las clases sociales estaban poseídas de la misma fiebre: rentistas, comerciantes, obreros, domésticos, periodistas, etc., sin excepción, invertían sus ahorros en acciones industriales, en empresas comerciales, de transporte, etc. Era una época de prosperidad sin precedentes en Norteamérica.

Los hombres que "hacían" los precios eran populares. Nunca como entonces tuvo un "promotor" tanto prestigio.

Era el momento en que Andrés Carnegie, el que fué después famoso rey del acero, proclamaba la guerra a los gastos generales como la única vía de acceso a los grandes dividendos, a los beneficios acrecidos, a la riqueza ilimitada.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Carnegie había visto que sumas considerables eran insumidas por los gastos generales y que la manera más eficaz para disminuirlos consistía en agrupar empresas similares en una sola. Una

administración común, la disminución radical de la propaganda y publicidad, el mejor aprovechamiento del transporte para la distribución de los productos, y, sobre todo la supresión de la competencia entre las empresas consolidadas conducía a una radical disminución de los gastos generales.

Bajo este signo y con hombres de negocios enérgicos se llevó a cabo un vasto programa de amalgamación de empresas industriales, comerciales, de crédito, de transporte y de publicidad. El prototipo fué Carnegie y más tarde Rockefeller.

7. EL AUMENTO DE LOS BENEFICIOS POR EL AUMENTO DE LOS PRECIOS

En un segundo momento, cuando se estabilizaron los beneficios como consecuencia de esta política de consolidación, los dirigentes de los negocios entrevieron la posibilidad de adueñarse del mercado. Este movimiento se cumplió casi naturalmente. Eliminada la competencia, tenía al consumidor a su merced. Este no podía defenderse de la presión del precio impuesto, sobre todo cuando no podía reemplazar un artículo por otro que satisfaciese la misma necesidad. Si, además, el producto era de primera necesidad, el consumidor no tenía más remedio que inclinarse ante el productor.

La consecuencia fué un alza general de los precios que se generalizó bien pronto, en razón de la repercusión del precio en la cadena de los negocios. Un artículo es, casi siempre, elaborado en muchas etapas, confiadas a diferentes empresas. Cuando el alza de precios se verifica en la etapa de base, o en una intermedia, todas las etapas subsiguientes estarán afectadas por ese aumento de costo.

El alza del precio no puede ser indefinida, por que aun cuando el producto sea de primera necesidad llega un momento en que el beneficio disminuye, es decir, cuando el consumidor recurre a una abstención o echa maso al recurso heróico de consumir un artículo similar que satisface a medias la necesidad que llenaba cumplidamente el otro.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Además, un precio exorbitante de monopolio estimula la aparición del competidor, alentado por los márgenes excesivos de ga-

nancias. Es el mismo fenómeno que se origina cuando un impuesto es muy gravoso: aparece el industrial clandestiso.

8. LA CARESTIA DE LA VIDA Y LA REACCION DE LOS TRABAJADORES NORTEAMERICANOS

Paralelamente a este movimiento inspirado y dirigido por una mentalidad puramente comercial, que se desenvolvió en dos etapas, la disminución de los gastos generales, primero, y la elevación del precio de venta, después, nació con impetuosidad un movimiento de oposición en el campo del trabajo.

Los promtores de negocios habían hallado una fórmula de universal aplicación en el campo de la economía: la consolidación, es decir, la amalgamación de empresas similares ;la unión de patronos de industrias análogas que resodvían poner en común sus fuerzas económicas (no nos preocupamos de saber cuáles fueron las formas jurídicas que revistió esta enorme consolidación).

Los precios de los artículos se elevaron como consecuencia de esa política de perseguir beneficios acrecidos. La masa de trabajadores, que forma la mayor porción de la masa de consumidores, fue la primera que vió cómo disminia el poder adquisitivo del salario. La vida se encarecía vertiginosamente y las amas de casa no podían subvenir las necesidades diarias.

Los trabajadores norteamericanos habian comenzado a sindicalizarse, pero no para luchar contra este encarecimiento sino para obtener la disminución de la jornada de trabajo a 8 horas, que fué la primera reivindicación proclamada por sus uniones. A raíz de las revoluciones europeas de 1848 y siguientes y de la persecución desencadenadas por los gobiernos, una gran cantidad de líderes obreros, los más capaces y enérgicos, emigraros a Norteamérica. Muchos de ellos eran anarquistas de la tendencia de Bakunin y Proudhon. La Comuna de Paris, posteriormente, dió motivo a una nueva emigración y con ella llegaron dirigentes de alto valor intelectual, que tuvo la virtud de imprimir al movimiento obrero estadounidense un ritmo de violencia y energía que había carecido hasta entonces.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La reivindicación de la jornada de 8 horas fué la bandera

que se enarboló y ella dió lugar a una intensificación del movimiento sindical. Numerosas huelgas. paros, manifestaciones, se llevaban a cabo constantemente y, en muchos casos, se originaron luchas sangrientas. Los patronos recurrieron a toda clase de medios para oponerse a esa reivindicación.

Se debe tener en cuenta que en Norteamérica el régimen de la esclavitud de los negros había sido obstáculo insalvable para que naciese en aquél país, a semejanza de lo que sucedió en Inglaterra, una organización sindical obrera. Abolida la esclavitud, la primera reivindicación que solicitaron los trabajadores fué la jornada de 8 horas, como lo hizo en Europa la Asociación Internacional de Trabajadores fundada por Marx.

La emigración europea, los conflictos sociales agudizados en el Viejo Continente, la abolición de la esclavitud fueron todos factores que favorecieron el robustecimiento de las organizaciones obreras americanas. Una convención de trabajadores reunida en Chicago, en octubre de 1884, resolvió que, a partir del 1o. de mayo de 1886, dieciocho meses después, los obreros de Estados Unidos trabajarían ocho horas diarias. Una convención reunida en Wáshington al año siguiente ratificó la resolución anterior.

Cuando llegó el 30 de abril de 1886, último día del plazo fijado por los obreros, ni un solo industrial había dado la menor respuesta a esta reivindicación.

El 1º de mayo de 1886, cuarenta mil obreros de Chicago, abandonaron las fábricas y proclamaron la huelga general. La mayoría de los líderes pertenecían a la tendencia anarquista. Las manifestaciones se sucedían todos los días. El 4 de mayo, mientras estaban escuchando a sus líderes, la policía irrumpe en la plaza para disolver violentamente el mitin al tiempo que estalla una poderosa bomba. Los dirigentes Spies, Fischer, Engel y Luigg fueron arrestados y sometidos a proceso. Durante el proceso, se suicidó Luigg. Los demás subieron al patíbulo. La historia ha recogido sus nobles palabras.

El gobernador Algelt, años después, ordenó rever el proceso y el 26 de julio de 1893 declaró que "los ajusticiados habían sido víctimas de una odiosa maquinación policial, preparada y desarrollada sistemáticamente con el exclusivo propósito de llevarlos al patíbulo".

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El 14 de julio de 1889 se constituye en París la Segunda Internacional Obrera Socialista, central del Socialismo internacional y resuelve llevar a cabo una manifestación internacional para expresar las reivindicaciones del trabajo organizado y adopta como fecha el 1º de mayo, porque la Federación Americana del Trabajo había resuelto realizarla el 1º de mayo de 1890.

Como se ve por estos breves antecedentes, la lucha entre el capital y el trabajo había alcanzado en Estados Unidos formas violentas y sangrientas.

A esta reivindicación se agrega el hondo malestar producido por el alza de los precios y la consiguiente carestía de la vida. La lección dada por los hombres de negocios es aprovechada rápidamente por los trabajadores, quienes se agremian en los sindicatos que alcanzan rápido desarrollo. Se emplea como única arma la huelga, instrumento de lucha directo y eficaz. Se le esgrime en variada forma; parcial, limitado a una fábrica; o bien extendido a una industria, o a veces con carácter general. En estos conflictos desempeña un papel especial los gremios vinculados con las empresas de transporte.

Los salarios, como consecuencia de esta enérgica acción sindical, crecen con ritmo acelerado, el alza de los mismos es violenta y no siempre el empleador puede transferirla con la misma rapidez al consumidor.

Esta transferencia es difícil, porque los empleadores aun no han superado la fase puramente individual del negocio. A lo sumo se han agrupado varios formando una amalgamación, pero todavía no existe una inteligencia, para abordar en un frente unido los problemas planteados por el trabajo.

Reina todavía una mentalidad individualista en el industrial. Algunos consideran un deshonor la desaparición del nombre familiar en la designación de la empresa consolidada, resultante de la fusión de varias otras.

Esta actitud mental es la consecuencia, a mi juicio, del ambiente propio de la competencia, de esta lucha puramente individualista, de industrial a industrial, de la que éste no puede despojarse y que le imprime una fisonomía particular a todos sus actos. Es evidente, que la lucha competitiva desarrolla una determinada psicología, produce hábitos, ideas y gestos conformados de un mo-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

do especial y que la hacen diversa de otra en la que predomina una forma diferente de actividad económica, la burocrática del funcionario de Estado, por ejemplo.

9. REDUCCION DEL PRECIO DE FABRICACION

La mentalidad comercial, que tenía la responsabilidad de la empresa y la tiene aún hoy, en la casi mayoría de las empresas, ya había ensayado dos soluciones para aumentar los beneficios: la primera, la de Carnegie, era disminuir, los gastos generales de administración, la segunda, elevar el precio de venta. Esta última medida, provocó la reacción del mundo del trabajo y favoreció, sin proponérselo, el surgimiento de una fuerza opositora. Aquí se puede aplicar también el principio de Le Chatelier, o la ley de Lenz: si se modifica una de las variables que definen y determinan un estado físico, alguna otra variable variará en un sentido tal de oponerse a la variación de aquélla.

A este fenómeno económico, Marx le ha dado un nombre que ha hecho furor desde entonces: el progreso por un movimiento dialéctico, el desplazamiento indefinido por la oposición de las fuerzas sociales.

El alza inmoderada de los precios era anulada por el aumento violento de los salarios. En esta carrera, la mentalidad comercial fué impotente. Se había agotado con las dos soluciones anteriores.

10. DISMINUCION DEL COSTO DE FABRICACION POR EL AUMENTO DE PRODUCTIVIDAD AGUIJONEADO POR EL SALARIO MODERNO

La experiencia ha demostrado acabadamente una y mil veces lo fácil que es el problema de la producción; lo difícil está en la venta de esa producción. Producir está al alcance de cualquiera; no lo está, en cambio, la conquista del mercado. En éste ya se hallan los competidores dispuestos a defender su lugar al sol; a no dejárselo arrebatar por el primer advenedizo. Su arma de lucha es el precio.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Por esta razón, el dirigente industrial ha sido constantemente el hombre que ha estado al frente de la parte comercial de la empresa; el gerente comercial es el jefe en lugar de serlo, como parecería natural que lo fuese, el director técnico. Aun hoy, en que tanto desarrollo e importancia tienen las funciones técnicas, no es el ingeniero el que asume la responsabilidad del negocio fabril, lo es, más bien, el contador, el experto en ciencias económicas, o el hombre que ha ganado sus galones en la áspera lucha del mercado a golpes de ventas.

El dirigente industrial, el "manager", no pudiendo comprimir el costo ni a costa del consumidor ni en perjuicio del obrero, intentó asociar a éste en la esperanza de incitarlo a una mayor proluctividad.

Si la productividad por obrero aumentase en forma substancial, es evidente que podría disminuirse el costo unitario de fabricación, en razón de que permaneciendo más o menos constante la carga de gastos fijos, éstos, al repartirse sobre una producción acrecida, incidirían con una parte alícuota unitaria más pequeña, y, en consecuencia, cada unidad fabricada absorbería, por gastos fijos, una cuota menor.

Para ello es menester obtener la colaboración espontánea del trabajador en ese propósito de aumentar la productividad por hombre. Su mayor productividad, debe ser recompensada. Pero, en una palabra, el móvil económico de un mayor salario, proporcional o no a esa mayor actividad, debe ser el estímulo eficaz para obtenerla. Si el hombre no entra espontáneamente en el proceso económico, puesto que lo hace movido o por la ganancia o por un salario, es evidente que esa colaboración sólo puede obtenerse mediante una bonificación, una prima, o un excedente de salario correspondiente a ese mayor rendimiento del trabajador.

Es éste el fundamento de los llamados salarios modernos. Se partió de la base de que un estímulo en forma de un mayor salario podía determinar una mayor producción. En la base de este razonamiento está implícito la afirmación de que el obrero no suministra toda la cantidad de trabajo de que es capaz; es decir, se presupone en él una deliberada voluntad de restringir su producción personal.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Esta fórmula, traduce de toda evidencia una psicología comer-

cial. El hombre sólo se mueve por el afán de lucro; persigue la ganancia. Nuevamente tropezamos con la mentalidad comercial. Se confía que este único móvil será capaz de vencer esa voluntaria restricción de la productividad del obrero.

Esta afirmación no es una arbitraria suposición. Basta leer la obra de Taylor para tener la convicción de que los empleadores de la década de los noventa creían que la disminución voluntaria de la producción individual era el peligro más grande que tenía que afrontar la industria norteamericana. Todos los esfuerzos se encaminaban a reducir sus efectos.

Esta fórmula de los salarios modernos, formados todos ellos por una parte fija, suficiente para subvenir a las necesidades del obrero considerado en su aspecto de criatura humana, cualquiera fuese su productividad, y de una parte móvil destinada a recompensar su exceso de producción a partir de una cantidad convenida entre el empleador y el obrero, traduce, además, esa tendencia comercial de la mentalidad de la jerarquía industrial, cuando se analiza otro aspecto del problema.

La mentalidad mercantil es competitiva, es decir, se somete al juego de la ley de la oferta y la demanda; la competencia o rivalidad es su ley soberana. Permite, acepta y estimula el esfuerzo individual; deja libre paso a la iniciativa personal, a la que es deudora de sus éxitos más resonantes en la historia económica.

Al incitarlo a una mayor productividad mediante el estímulo de un salario a prima, le deja al obrero toda su iniciativa en el taller. Dejarle al obrero la iniciativa, en el seno del taller, significa confiarle a él sólo la responsabilidad de esa mayor productividad. No se tocaba para nada la organización clásica de la fábrica. El obrero era juez exclusivo del proceso que imprimía a su labor, de la herramienta empleada, del montaje de su pieza, de la conservación de la máquina que utilizaba, etc., en fin, de los mil detalles propios de su tarea. Se puede resumir esta situación diciendo que el obrero aportaba a la empresa la totalidad de su habilidad profesional, de cuyo empleo en el taller él ejercía la más absoluta soberanía. Ello traía como consecuencia, la más grande diversidad de las técnicas operativas empleadas, por cuanto cada individuo representaba un matiz de esa habilidad profesional. La competencia libremente establecida en el taller entre esas habilidades, estimu-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

lada por las bonificaciones concedidas, traía como consecuencia un aumento de productividad.

Los sindicalistas y los gremios, así como la costumbre habían conducido a una distribución de los obreros por categorías, en estamentos profesionales, caracterizados por salarios uniformes aunque diversos de una categoría a otra. Ello impedía el ejercicio de la libre competencia dentro de cada categoría. Ningún obrero tenía interés en aumentar su producción, puesto que con ello no acrecía su salario, que estaba determinado anticipadamente por la clase profesional a que pertenecía.

Nada más natural para una mentalidad mercantil, que se ha desarrollado en los principios de la libre competencia, y para la cual, toda la economía se reduce a un juego de la oferta y la demanda, que restablecer el mercado en el seno del trabajo, limitado al área de la fábrica. Restablecer en el seno del taller el mercado, es decir, la competencia, constituye la suprema ambición de la psicología comercial.

La mayor productividad no podía ser sino la consecuencia de la competencia desatada entre los operarios portadores de habilidad profesional. El sindicato había logrado la uniformización de los salarios por categoría; este movimiento conocido bajo el nombre de salario moderno, se proponía, sin confesarlo, derribar esa camisa de fuerza del afán de lucro que domina en cada hombre. Desatarlo fué el objetivo de sus doctrinarios.

Estos doctrinarios están convencidos de que la ganancia, la recompensa del esfuerzo suministrado, constituye el móvil más poderoso de la actividad del hombre, y a él acuden para lograr el aumento de la producción, y, como consecuencia, la reducción de los costos.

Una vez más, se pone de manifiesto la influencia de la formación mental en la solución de los problemas económicos.

Existe una gran variedad de fórmulas matemáticas como expresión de estos salarios modernos. Pero, cualquiera que sea su traducción algebraica, el fondo de todos es el mismo: se proponen movilizar la actividad del obrero por medio de un excedente de salario en correspondencia con el excedente individual de su producción. Este excedente de retribución se conoce con el nombre de premio, prima o bonificación.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Estos excedentes de salario suelen darse también en forma de una participación en las ganancias, generalmente en acciones, cuyos dividendos se distribuyen, pero, aun en estos casos, se descuenta que el trabajador redoblará su actividad ante la posibilidad de un mayor ingreso al fin del año. El móvil a que se acude es siempre el mismo.

En síntesis: libertad de iniciativa y competencia en el seno del taller es el espíritu del salario moderno. Su dinámica es comercial. La heredó de la mentalidad comercial que lo concibió.

11. DISMINUCION DEL COSTO DE FABRICACION POR EL AUMENTO DE PRODUCCION DETERMINADO POR NUEVAS TECNICAS DE FABRICACION

Las reducciones de los costos es posible únicamente por la producción en masa. Producir en masa es un objetivo digno de un genio industrial. A Ford le cupo esa gloria. Con la producción en masa, la empresa alcanza el máximo grado de eficiencia y también llega a su vértice el proceso de "deshumanización" del trabajador fabril.

En la década de los 90, comienza Taylor su extraordinaria obra de renovación de la organización industrial, que hizo posible diez años más tarde, el milagro de Ford, y, en nuestros días, el del constructor naval Kayser.

Taylor, aún cuando no había cursado en su juventud estudios científicos universitarios. poseía la mentalidad técnica del hombre de ciencia. Era un determinista radical y coherente. Sus conocimientos de los problemas industriales, tanto la conducción de un torno como el mantenimiento de la disciplina, se traducían en reglas determinadas experimentalmente, haciendo variar una sola variable cada vez, manteniendo constantes las demás. En cada línea de su obra escrita que, desgraciadamente, es pequeña, hace contínua referencia a esta preocupación orgánica de su espíritu. Este espíritu científico se muestra en acción en su paciente y dilatada investigación que lo condujo a revolucionar el arte de cortar los metales; en su bello estudio de la conservación de las correas; en el descubrimiento de los aceros de corte rápido, que triplicaron de golpe la pro-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ducción de las máquinas, provocando el asombro de los técnicos europeos cuando vieron funcionar herramientas fabricadas con ese material en la Exposición Universal de París de 1900; cuando fabricó artificialmente los suelos de las canchas de golf, seleccionando pacientemente el mejor pasto, etc. Todos los detalles de su vida fecunda revelan a cada paso esa conformación especial de su espíritu científico. Todo para él, en el seno del taller, es un problema de investigación experimental. Desdeña la apreciación, el cálculo a ojo, la creencia, la costumbre o la rutina. Rechaza de plano, radicalmente, toda manera tradicional de trabajar. Como Descartés, pero en otra esfera y guardando las debidas proporciones, lo que no puede medir y comparar lo rechaza porque no puede llevarla, a fijar una regla de acción. Pero, él quiere una regla de acción profesional científica. Recrea técnicas de trabajo, recibidas por tradición de padres a hijos y fijadas desde tiempo inmemorial.

Nadie hasta entonces había osado menospreciar la artesanía, orgullo de las edades precedentes. Fragmentó caprichosamente en apariencia las viejas técnicas manuales: como un moderno demiurgo, enseñó de nuevo a trabajar a los hombres.

Esta inmensa y revolucionaria tarea no fué sino consecuencia de su profunda creencia en la eficiencia de las reglas científicas, en la bondad de los métodos que emplea la Ciencia para establecer el mundo de la legalidad, el mundo de la ley, que es también, según Taylor, el sostén de la creación industrial.

12. LA TAREA IMPUESTA Y SU DINAMICA. EL ESPIRITU DEL AUTOR

Se puede sintetizar la obra de Taylor diciendo que se basa en la determinación e imposición al obrero de una tarea limitada, circunscripta y precisa. La fijación de la traea es la clave del sistema. La colaboración del obrero se obtiene mediante un salario difirencial a destajo. Esta crecida remuneración del trabajo es el reconocimiento de la universalidad de los móviles que determinan la acción económica del hombre, éste no entra espontaneamente en la creación económica, sino que precisa la coacción de la recompensa. Pero, contrariamente a lo que sucede en la doctrina de los salarios modernos, este salario no determina una mayor productividad sino

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

que es el cebo que se pone delante del trabajador para alcanzar una meta, una "performance" productiva, determinada por Taylor mediante técnicas elaboradas por él en el curso de sus investigaciones.

La tarea prefijada e impuesta constituye el corazón del taylorismo. Toda su doctrina se halla contenida en la tarea minuciosamente impuesta. Si se puede decir que el taylorismo tiene una filosofía, empleando este vocablo en sentido restringido, es la filosofía, de la tarea impuesta. Yo diría, que la tarea impuesta tiene su dinámica y, en consecuencia, su propia ley de movimiento industrial.

La determinación de la tarea implica el examen del modo tradicional de trabajar. Ello obliga a su descomposición, al análisis de los gestos, de las operaciones integrantes, a fin de hallar la tarea elemental óptima. Hallados los movimientos o gestos óptimos, en duración y cantidad, previa eliminación de los inútiles, se integran en una tarea resultante. Es decir, se reconstruye con los movimientos aceptados y óptimos una nueva tarea; se recrea, en una palabra, la tarea que se impone al trabajador. No se deja librada a la iniciativa de éste el modo cómo ha de ejecutar su operación.

Imponer una tarea significa, como se vé, determinarla con precisión en el espacio y en el tiempo, en cantidad y duración. Además, implica fijarla desde el exterior, es decir, no es el obrero quien la determina. Otros funcionarios fabriles la prescriben. En consecuencia, el obrero se vé despojado de toda iniciativa frente a su máquina, en el banco de trabajo. Sus gestos, el modo de colocar su pieza, la velocidad operativa y los demás elementos de su trabajo le son prescriptos con absoluta independencia de su voluntad y su competencia profesional.

La determinación de la tarea se hace partiendo del supuesto de que el obrero es un motor humano, una máquina más, a la que se somete a experimentación como si fuese un elemento inanimado, privado de autonomía mental, capaz de aceptar cualquier técnica operativa porque se parte de la hipótesis de su indefinida e ilimitada plasticidad orgánica.

Recrear un oficio es un designio audaz. Taylor lo cumplió sin vacilaciones, porque lo sostenía la fe profunda en la exactitud e infinita aplicabilidad del método científico, cualquiera fuese el objeto de su estudio.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Para estudiar las operaciones elementales que componen una

tarea recurrió al cronometraje o estudio de los tiempos. S impuso como límite infranqueable no aumentar la fatiga causada por el modo tradicional de trabajar. Sin embargo, sus detractores le enrostran que su método de trabajo produce verdaderos resíduos sociales, por cuyo motivo su generalización constituye, según ellos, un peligro social.

La imposición de una tarea trae como consecuencia la constitución de un organismo fabril encargado de estudiarla y fijarla en cantidad y duración.

Ello equivale a despojar al obrero de toda iniciativa en su fijación, a eliminarlo como elemento humano determinante de ella. En una palabra, la dinámica de la tarea prefijada conduce a una separación brutal entre las manos que ejecutan y el cerebro que concibe.

Es la natural extensión de la subdivisión del trabajo, que, desde la manufactura precapitalista, había ejercido su acción exclusivamente sobre el oficio, sobre la mano. Ahora, Taylor la extiende hasta separar el trabajo manual de ejecución y el trabajo mental de concepción.

La lógica interna de la tarea impuesta al obrero se desenvuelve irresistiblemente en un sentido de "deshumanización" del trabajador, por cuanto a éste se le confían tareas puramente manuales, cuyas sucesivas operaciones se prescriben desde afuera sin atender a su voluntad o a su iniciativa.

Esta tendencia, en alas de su dinámica interna. vería en el obrero un par de manos nada más. Es evidente, que ningún partidario de este sistema sostendría esta tesis. Pero, si nos colocamos en el plano del pensamiento puro, es irrefutable esta consecuencia deshumana.

Se puede hacer aquí una advertencia de carácter fundamental aplicable a cualquier actividad humana. Una forma ya sea científica, filosófica, artística o económica, tiene un ámbito legítimo de aplicabilidad, un territorio teórico en el cual es válida su legalidad, pasado el cual se cae en la extrapolación ilegítima y en el absurdo. Ello es consecuencia de la limitación del poder de la razón que se vale de nociones que ella elabora, y que substituye a los fenómenos y a las cosas. En esa substitución hay un gran margen de incerti-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

dumbre porque la noción de que se parte en el raciocinio está construído sólo con algunos datos de la realidad a que se aplica.

El taylorismo es evidentemente el fruto de la aplicación del método científico al estudio de los problemas del trabajo. En esta misma deshumanización de los resultados están patentes las características de la Ciencia.

La tarea impuesta es la de mayor rendimiento, a igualdad de fatiga, es decir, la de mayor productividad. Obtenida esta tarea, la producción del obrero se duplica por lo menos,aunque según Taylor, una determinación correcta alcanza normalmente a triplicar la producción.

Es justo que el obrero participe en la distribución de este aumento de riqueza, en el que ha colaborado, mediante salarios acrecidos, que deben alcanzar, según Taylor, a casi el doble de los anteriormente ganados en empresas similares. Esta es la condición "sine qua non" de la permanencia de las reglas de trabajo impuestas y, en consecuencia, de una producción cotidiana constante.

La fijación de esa tarea provoca el nacimiento de una nueva capa de funcionarios que componen el célebre departamento de preparación del trabajo de Taylor. Fiel a su ley de especialización a ultranza, delimita cuidadosamente las funciones, confiando cada una a un funcionario especial. Tanto en el taller, donde se efectúan las operaciones de ejecución, como en la dirección, en la cual se realizan las funciones de concepción, las funciones son especializadas y circunscriptas.

La especialización y la consiguiente subdivisión del trabajo mental y manual producen una verdadera pulverización de las actividades, es decir, se desintegran; lo que estaba unido en una misma persona se suelta, se fragmenta, y se deposita, por así decirlo, en varias otras.

Es menester, entonces, como en una orquesta, reunir en el tiempo y en el espacio a todas estas funciones para que tengan un ritmo armónico, para que se subsigan en el orden debido, o sean concomitantes sin choques, es decir, sin disminución, por lo menos, de la productividad del taller, en el estado anterior de menor indivisión en que se hallaba el trabajo mental y manual.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Para ello es preciso un órgano de coordinación, que asegure el funcionamiento armónico del conjunto. Los mecanismos humanos

de coordinación establecidos por Taylor cumplen este cometido.

La producción gigantesca de Ford sólo es posible gracias a estos mecanismos de coordinación, que han nacido naturalmente de la fijación de la tarea impuesta. Porque conviene hacer notar que las funciones de la dirección, en este sistema de organización del trabajo, han crecido en la misma medida en que han disminuído las del obrero.

Las funciones directivas han asumido una importancia predominante y han obscurecido el papel del trabajador manual puro.

Con Taylor crece en importancia el rol del ingeniero, del químico, del contable y surge al primer plano el inventor profesional.

La importancia histórica del taylorismo es cada día más evidente. El actual conflicto bélico lo ha puesto en evidencia. La guerra se ha hecho en el taller. Es la potencia industrial de la nación la que ha obtenido la victoria. Sin la gigantesca producción en masa, los Estados Unidos, que no tenía servicio militar obligatorio, no hubiera podido reñirla victoriosamente. Pero, los que la consideran un milagro, olvidan que desde 1886 el gran organizador Taylor había puesto sólidos fundamentos a la posibilidad de esa monstruosa producción.

Las respuestas históricas dadas al problema de la necesidad de reducir los precios de costo para mantener y acrecer los beneficios fueron, como hemos visto, varias.

Hemos puesto de manifiesto, además, el papel activo en esas soluciones del propio espíritu humano y ello lo hemos atribuido a la diversa mentalidad de los precursores. Hemos distinguido una mentalidad o psicología propia del comerciante y una psicología del hombre de ciencia, que cree en supuestos científicos como artículos de fe, y que los aplica sin vacilar a todos los problemas que estudia. En este sentido, nos parece que la obra de Taylor está impregnada del más puro espíritu científico.

Podemos discrepar con sus resultados, pero nadie que aspire a mejorar el sistema suyo de organización de la fábrica podrá hacerlo sin aplicar los mismos métodos que empleó Taylor.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

En su obra cabe distinguir el objetivo, el método y los resultados. No hemos hablado del fin que perseguía, pero debemos enaltecer su memoria expresando que su radicalismo social lo hace aparecer a nuestros ojos como un reformador social sin partido, ajeno

a toda facción, pero animado de un hondísimo sentido de justicia, que es, para los que saben vivirlo con sinceridad, un fermento revolucionario poderoso, porque el sentido de justicia es la traducción moral del espíritu de libertad, inmanente a la criatura humana, cuya más alta expresión reside en la autonomía de su Razón.

La introducción de la Máquina, a fines del siglo XVIII, provocó la primera gran Revolución Industrial. Ella alivió las alas de hierro del trabajo, procreando una ilimitada subhumanidad de esclavos de acero, dispuestas a servir al Hombre.

Taylor, en las postrimerías del XIX, reorganizó la fábrica, acreciendo fantásticamente la productividad del trabajo, reordenando simplemente los gestos de la máquina humana, y por ello, puede considerársele como el padre de una segunda revolución industrial, la que debe, en consecuencia, ser ubicada en la misma línea de desenvolvimiento histórico de la primera.

Ford, en la primera década del siglo XX, efectúa una nueva revolución, cuando analiza y resuelve el problema del lento desplazamiento que experimenta la materia en curso de transformación en el seno de la fábrica.

En la primera Revolución Industrial, el sujeto de ella fué la Máquina, en la segundo actuó sobre el Obrero, y en la tercera, sobre el movimiento de la Materia Prima en curso de elaboración.

¿Qué nos deparará la cuarta, que ya está a la vista, con los productos sintéticos?

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Tiempo y Destiempo de Alejandro Korn

Por FRANCISCO ROMERO

(Alejandro Korn falleció en La Plata el 9 de octubre de 1936. A los que tuvimos la ventura de disfrutar de su amistad y de su magisterio, la ausencia suya nos duele todavía como una pérdida reciente. Al cumplirse, en el próximo octubre, el décimo aniversario del fallecimiento, el Colegio Libre recordará en un acto al que fuera uno de sus fundadores y su constante animador. Una bio-bibliografía del maestro prepara actualmente el distinguido estudioso platense doctor Francisco L. Menegazzi).

El tema del papel de Alejandro Korn en nuestra cultura habrá que desdoblarlo en dos cuestiones separadas y de muy diferente planteo. Una de estas cuestiones tiene que ver con lo que en nuestro presente prolonga el pasado próximo, acaso con lo que en él es pasado ya; la otra, con nuestro futuro, y un poco también con nuestro presente visto al trasluz, como anticipación o prefiguración del porvenir.

La primera cuestión, probablemente la más grave y difícil, es la de la resonancia e influencia de Alejandro Korn en cuanto figura prócer y fuera de la común medida, en cuanto extraordinaria personalidad consignada por su propia índole y volumen a un vasto magisterio. La verdad es que esta función magistral y rectora no se ha cumplido en la proporción que parecería natural, atendiendo a los

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

méritos de Don Alejandro. Le tocó vivir en un medio hostil para lo que en él había de mejor, que es por ventura lo que hay de mejor en el hombre: una noble plenitud espiritual no funcionalizada; una poderosa y libre inteligencia respaldada por una conducta limpia y austera, convertida en centro vivo y autónomo. Pese a sus muchas capacidades, y sin disminuir la significación de la obra que deja, ha de insistirse de continuo en que lo que en él rayaba a más altura era la persona misma, intensa y armoniosa, admirable por los cuatro costados. El utilitarismo de nuestra época, o de la época que fenece, tiene o tuvo una consecuencia extremadamente peligrosa, por lo mismo que se hurta a la crítica y aun a la denuncia; es fácil criticar el utilitarismo de bajo vuelo, que se agota en conquistas materiales e intereses cercanos, y lleva en sí una especie de sanción inmanente que se manifiesta como final insatisfacción; pero en cambio es casi invisible e imponderable ese otro utilitarismo que subordina la persona a las realizaciones superiores y más o menos valiosas por ellas mismas, ignorando que la persona humana es la culminación de la realidad, el ápice del mundo. La desvalorización de la persona en nombre del "rendimiento" es típica de la última etapa y una de sus calamidades; se sistematiza con el auge de la gran industria y por todas partes se impone como universal paradigma. El hombre tiene su dignidad y valor en sí mismo; de ninguna manera es en primer término y por esencial definición una máquina de producir cosas, así sean estas las más elevadas realizaciones de la inteligencia. El alma alcanza su jerarquía máxima al asumir su específico destino de ser conciencia y juez del mundo, espejo en que la realidad se reproduce y sustentáculo y agente de la norma; al convertirse en el sentido de una realidad que acaso carece de sentido hasta el hombre, o quizás desde sus primeros pasos va en demanda del sentido que en el hombre encarna. Y cuando el hombre se trasmuta en mera tarea, cuando se funcionaliza y se abisma en una producción desenfrenada —sea de lo que fuere—, renuncia a lo que es en él más sustancial y privativo, y es como si incurriera en deserción.

Entre nosotros, este común despego hacia los valores de la persona, que en otros sitios se corregía en parte por ciertos respetos tradicionales, se agudizó por esa trivial concepción de la vida que hemos padecido hasta hace poco, y de la que nos va sacando a tirones la crisis actual. Vivíamos sin problemas, o sin conciencia de los pro-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

blemas, en una opulencia material que fomentaba el ocio casero y la adulación forastera; en medio de la general indiferencia, algunos se ponían a la obra de construirse una reputación pregonando méritos reales o imaginarios, mientras otros adoptaban posturas de cansada decadencia e imaginaban tocar el cielo con las manos porque practicaban abundantemente una ironía más o menos elegante, que en privado derivaba hacia el modesto chiste, obsceno por lo común. Es fabulosa la cantidad de ironías y de chistes de intenso color que ha producido y consumido la generación de los que ahora trasponen la cincuentena; habría que juramentarse y guardar el más celoso secreto sobre este punto escabroso, para que las generaciones siguientes no pierdan todo respeto a la que lleva ya medio siglo a cuestas. En tal ambiente, la comprensión para una personalidad robusta, natural, sin alardes ni fingimientos, tenía que escasear. Patente la estatura espiritual de Korn para ciertos círculos dentro de los cuales actuó ejerciendo una incomparable influencia, pasó casi de incógnito a lo largo de otros sectores más amplios, que hubieran debido enriquecerse con el espectáculo de una presencia humana tan por encima de lo común.

Mera ocurrencia feliz o claro designio, el arraigo de Korn en La Plata vino a atenuar en mucho para el maestro las consecuencias de la frialdad ambiente. Ciudad provinciana a pesar de todo, La Plata tiene mucho del etos íntimo y cálido de la provincia, aunque padezca del exceso de ventilación que supone la proximidad de Buenos Aires; este defecto se compensa con creces con las ventajas de tener al alcance de la mano todos los bienes metropolitanos. La verdad es que, entre tantas cosas desaprovechadas para la organización de una rica y varia cultura, no es una de las menores esa ciudad que ofrece todas las virtudes de concentración y convivencia de las del interior, y se beneficia con las incitaciones y el colmado depósito de la mayor urbe hispánica. Acaso la acción de Korn represente el más interesante aprovechamiento hasta ahora de las posibilidades platenses. La familiaridad señorial de Don Alejandro, su continente amable y majestuoso, sus divigaciones ante el grupo cordial circundado por los libros de su biblioteca, la marcha lenta con los amigos . . ., estaban muy en su punto en su casa de la calle 60 y a lo largo de la calle 7, y no lo hubieran estado tanto en un departamento porteño ni entre el presuroso anonimato callejero de Buenos Aires. En La

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Plata se constituyeron los núcleos que animaba y consolidaba Korn, aunque participase también en ellos gente de Buenos Aires.

Por lo que toca a su papel en nuestra filosofía —la segunda de las dos cuestiones anunciadas al principio— es asunto que habrá de reverse sucesivamente, a medida que pase el tiempo y vaya fructificando la semilla, esa semilla nombrada en su apellido. También aquí habrá que distinguir entre su aporte inmediato —escritos, docencia, ejemplo e irradiación personal sobre su cercano contorno—, y el más difuso y de efectos a largo plazo que sin duda ha de constituir una de las contribuciones capitales a la naciente filosofía iberoamericana. Korn, como es bien sabido, deja una obra escrita de notable valor, y se desempeñó en la cátedra con singular eficacia, por lo mismo que repensó a fondo todo el contenido de su enseñanza. Inicia entre nosotros lo que podría denominarse la "vida filosófica", no sólo en el sentido de la entera consagración al oficio —que puede ir acompañada de una inercia espiritual compatible con el escrupuloso cumplimiento de la obligación reglamentaria—, sino sobre todo como entrega plena a una vocación elevada a dignidad de destino, reforzada por un cúmulo de aptitudes extrañas en cualquier parte y que resultan sorprendentes si se consideran su espontaneidad, su afinación y robustecimiento progresivos y la callada energía con que tuvieron que afirmarse contra la inclemencia circundante. Cuando se piensa en estas vocaciones solitarias y perseverantes de los fundadores de la filosofía en Iberoamérica, se vienen a la memoria unas palabras de Varona sobre Luz Caballero, en las que recuerda "con asombro y tristeza" la obra del precursor cubano; porque si por un lado ha de admirarse la vena filosófica de estos iniciadores, por el otro no se ha de olvidar la soledad en que se debatieron, sin posibilidad de comunicación y sin hallar a su alrededor comprensión ni estima, por lo menos en la época más ardua, en la de la primera íntima germinación.

La vida filosófica que inaugura Korn, enfoque de la vida total desde el ángulo de un filósofo, de un hombre al tanto de toda la historia del pensamiento y que él mismo medita sin tregua, halló —rico ya él en experiencias y en años— expresión en un trato cada vez más continuo y regular con quienes iban despertando a las mismas preocupaciones, y se concretó en diversas maneras de convivencia y colaboración espiritual, entre las cuales bastará recordar la más

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

orgánica e importante, la Sociedad Kantiana de Buenos Aires, que agrupó a casi todas las fuerzas válidas de nuestra filosofía en su tiempo y desenvolvió durante años una seguida actividad de conferencias, cursillos y debates, iniciando también la relación con instituciones similares del extranjero; la trascendencia de la Kantiana consiste, entre otras cosas, en haber sido el primer ensayo, plenamente logrado, de una empresa filosófica plural y ajena a los institutos oficiales, documentando así la existencia de un interés general firme y veraz por estas disciplinas, interés cuya aparición y mantenimiento señalan un alto grado de madurez en la inteligencia colectiva.

Lo que no puede esbozarse siquiera en estas apuntaciones sucintas, es la resonancia que la contribución de Korn hallará en el porvenir. Pero no debo eludir unas palabras. La influencia de un verdadero maestro, en los que tuvieron la dicha de verlo en vida y en los que luego lo columbran bajo la fe de los testimonios, es perenne y nunca se agota; cada país reconoce en sus figuras mayores su más excelso patrimonio. Lo incomparable e insustituible en el varón excepcional es la confluencia y unidad de lo temporal y de lo eterno, la fraternidad que en él ocurre entre la vida pasajera, corriendo aprisa hacia su anonadamiento, y los valores intemporales, de tal suerte que la vida parece trasmutarse en valor y los valores se vitalizan y cobran evidencia. Desde este punto de vista, Korn es ya un bien común en nuestra cultura, uno de nuestros patriarcas recientes, y su presencia tutelar ha de prolongarse sin término; así, todo tiempo venidero será de algún modo su tiempo. En cuanto a su legado filosófico, lo que en él más importa es su enérgica convicción —tan pensada como vivida— de que el hombre es ante todo un ímpetu hacia adelante y hacia arriba, un ser que se hace a sí mismo, triunfando sobre la fatalidad natural; el espíritu como progresiva libertad y autonomía, la libertad como continua creación. Ninguna filosofía más adecuada y aun entrañable para nuestra América, porque acaso en ninguna parte es más palpable la profunda experiencia humana que asigna al espíritu como su nota máxima la libertad, y que a veces llega a identificar libertad con espiritualidad. Los brotes filosóficos que asoman ya por estas tierras encarnan en formas distintas una intuición semejante, y han de reconocer por lo tanto en Korn su adelantado e inmediato precedente.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Vida del Colegio

CURSOS Y CONFERENCIAS DE JULIO

Silvio Frondizi: Estado actual del problema político. Seminario. Los lunes y viernes a las 18 y 30.

Sara Kurlat de Lajmanovich: Curso experimental de inglés básico. Los maries y jueves, a las 18 y 10.

Rodolfo Puiggros: Mariano Moreno. III El Secretario de la Primera Junta. IV Un "punto final" al plan de operaciones. Los días lunes 1º y viernes 5, a las 19.

María Hortensia Lacau: El modernismo en la Argentina antes de Ruben Darío. El martes 2, a las 19.

Juan T. D'Alessio: Curso sobre fisiones nucleares. Los martes 2, 16 y 23, a las 19.

Gino Germani: Bosquejo de una psicología social para una época de crisis. Los viernes 5, 12, 19 y 26, a las 19.

Luis Antonini: Historia de la vida de un sindicato yanqui. El miércoles 10, a las 19.

Gregorio Halperín: Prefacio, en el homenaje a Pedro Henríquez Ureña. El jueves 11, a las 18 y 30.

Amado Alonso: Ureña, el investigador. El jueves 11, a las 19.

Francisco Romero: Henríquez Ureña, el humanista. El jueves 11, a las 19.

Enrique Anderson Imbert: Henríquez Ureña, el maestro. El jueves 11, a las 19.

Rodolfo Mondolfo: Formación y acción histórica de la filosofía de Leibniz. El viernes 12, a las 19.

Benvenuto Terracini: Virgilio y Beatriz. Comentarios a los cantos 1º y 2º de la Divina Comedia. Los días 17 y 18.

Margarita Argúas: Palabras en la inauguración de las actividades del año de la Cátedra Roosevelt. El 18, a las 19.

Walter Delaplane: Problemas del comercio internacional. Estabilidad monetaria internacional. El ciclo económico en los Estados Unidos. Política fiscal de la postguerra. Los días 18, 24, 26 y 31, a las 19.

Américo Castro: El "hadits" musulmán y la épica y la novela españolas. El viernes 19, a las 19.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Francisco Ayala: Curso de Sociología. Los lunes y jueves a partir del 22 de julio.

Olga Cossettini: Educación rural en México. El lunes 22, a las 19.

Jorge Thénon: La personalidad de Avelino Gutiérrez. En el acto de homenaje a su memoria. El miércoles 24 a las 19.

Belleville, Guillermo: La obra de Avelino Gutiérrez. En el acto de homenaje a su memoria al inaugurarse el curso de Anatomía topográfica. El miércoles 24, a las 18 y 15.

Región axilar: el martes 30, a las 18 y 15.

Anunciada Mastelli: Relación sobre el Congreso de Maestros de México. El jueves 25, a las 19.

Jacinto Grau: Espíritu y rutina. El viernes 26, a las 19.

Florindo Villa Alvarez:: El modernismo y la nueva generación en el Brasil. El sábado 27, a las 18.

Raúl Moglia: Estado actual de los estudios sobre Facundo. Estado actual de los estudios sobre Lope de Vega. Los días lunes 29 y miércoles 31, a las 19.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LOS LIBROS

FABULA DEL PEZ Y LA ESTRELLA, por Antonio Aparicio.—Editorial Losada, S. A., Buenos Aires, 1946.

Otro "español del éxodo y del llanto" publica sus poesía en América: Antonio Aparicio, a quién conocíamos por el **Romancero general de la guerra española** recogido por Rafael Alberti. Un romance de la defensa de Madrid, "Lidia de Mola en Madrid", tono de bravería y zumba, era su mensaje junto con los de Alberti, Paredes, Varela, Rosa Chacel, Moreno Villa, Aleixandre, Francisco Giner y otros representantes de ese digno resurgimiento de la épica romanceada que se vivió en los días de la traición a España.

Ahora se nos entrega este libro editado en Buenos Aires, libro claramente resumidor, en su multiplicidad temática y formal, de la experiencia lírica de Aparicio, libro por eso mismo como de descanso y contemplación, a la vez que de propio juicio sobre la obra cumplida.

Tres grandes grupos temáticos y formales —adecuación estrófica al tipo de intuición— pueden señalarse en su contenido: uno, el correspondiente a "Canciones"; otro, de tema civil y patriótico —el poeta en "el nivel exacto del hombre" según la definición de León Felipe—: "La libertad con su mortal aliento" y las "Elegías"; un tercero, "Sonetos", que marcan en uniformidad temática y en unidad formal la sección más lograda del libro. Todas las composiciones encerradas entre el símbolo claro de la "Fábula del pez y la estrella" y su "Epílogo de sangre entre la mar y el cielo".

"De luto el Pez en aguas desoladas,
en aguas cuyas olas fueron flores,
flores de agua, hoy anchas espadas
tristes por un ayer de días mejores,
mira hacia el litoral, ayer espuma,
risa de agua viva por la roca,
y ve como la tierra allí rezuma
sangre por su partida y negra boca.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

¿Dónde la vida rueda sin desvelo?
¿Sólo en la Estrella, entre constelaciones?
Y el Pez, vueltos los ojos hacia el cielo,
ve un cielo acribillado de aviones".

Presencia de España, conciencia de haberla ganado por razón de amor y de haberla perdido por fuerza de traición, tema predilecto de esta generación española en el destierro, frente a la España actual, no sólo vacía de poetas auténticos, sino peor todavía: llena de chocarrería y el mal gusto de los que quieren inventarle una poesía imperial, negra, franquista.

Las "Canciones" de Aparicio tienen un marcado tono albertiano en las reiteradas celebraciones del mar y de Sevilla, en el tono definitorio de los versos, en las oposiciones intuicionales y rítmicas, en los paralelismos, las interrogaciones y los paréntesis y, sobre todo, en el cromatismo fuerte, casi trágico a veces.

En "Sevilla", "Alcázar", "Reja", aparece un peculiar tono caricaturesco-trágico, como de Gómez de la Serna, pero más lírico y humano.

Lo más característico de esta sección del libro está representado por "Lloraban por libertarse", en donde todo lo admitido por Aparicio de la tradición lírica sevillana y de algunos de los poetas ya impuestos en la época en que aparecieron sus primeras obras, se estructura en un acento nuevo, menos ligero, más dramático y popular; el mismo estilo, la misma autenticidad en "Sueño que va con el agua", "Es tarde", "Como un aire", "Nana".

Ya en las Canciones aparecen algunos símbolos —muy pocos— que se agudizarán en la poesía de Aparicio, especialmente en los Sonetos: "hogueras", "llama", "rojo", "aire helado", "ocultas lágrimas": designaciones todas de los objetos que cercan, opresores, mudos, sin liberación, tanto en presencia, como en ausencia ("Como un aire").

De este Aparicio de las "Canciones" es fácil el pasaje al de "La Libertad con su inmortal aliento" —composiciones presididas por el nombre de Espronceda, símbolo de una época semejante a la vivida por Aparicio—. También Aparicio, como Alberti, hubiera podido titular su obra: "Entre el clavel y la espada"; Aparicio, más en "espada" que en "clavel", al revés de Alberti. La de Aparicio es una lírica más comunicativa, llena de imperativos, de imperfectos narrativos que aseguran elocutivamente la presencia del hecho dramático poetizado, pero siempre con retornos a su tono lírico más leve: sirvan de ejemplo los versos finales de "Noche española" o de "Prisión".

El "Recuerdo de España", de un soneto todo lleno de circunstancias situacionales (logradas en la reiteración de los gerundios) señala su vocación de soldado que busca "la justicia antes que la caridad", como lo dijo para Francia André Gide. Por eso, "Un soldado recuerda otros días" —tres momentos poemáticos de diversa estructura rítmica —, se cierra con el tono admonitorio y profético de estos versos:

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

"Han de volver mis manos a buscarte,
a tocar la nocturna frialdad de tu acero,
a calentar tu brazo de relámpago único,
disparando en mi hombro y durmiendo en mi pecho".

Es éste el tono general de las "Elegías", desde la todavía en canción "Elegía menor", hasta "Elegía a Pablo de la Torriente" y "No cesará tu rayo que no cesa", culminación dolorosa que aprovecha y desarrolla los elementos líricos de la poesía más varonil, más de tierra y espanto de Miguel Hernández.

Termina esta sección con la "Elegía a la luz de Granada" de sabia gradación: se abre con los endecasílabos de "Cuerpo de libertad", continúa con dos sonetos severos, clásicos de tema y métrica, se aquieta en los cuartetos de "Orilla del recuerdo", vuelve a ceñirse en dos nuevos sonetos, se populariza y aligera en "Canción a la luz de Granada" (con la reiteración, por fin, del nombre del llorado: Federico García) y se cierra en los tercetos de "Subido a las barandas de Granada", con acumulación de imágenes designadoras de podredumbre, de desaparición, de muerte: en ésto Aparicio tan profundamente español y tan actual.

Los "Sonetos" tienen, dentro de la poesía de Aparicio, un acusado tono quevediano, que el poeta mismo ayuda a situar con la cita de versos del Señor de la Torre de Juan Abad. Esta presencia de Quevedo puede señalarse también en otros poetas de la misma promoción y del mismo destino vital que Aparicio —Alberti, Prados, Dieste, Varela — y ha reemplazado, en algunos de ellos, a las resonancias de Góngora y de los poetas líricos de los cancioneros tradicionales. Son sintomáticas estas resonancias de Quevedo, que aparecen como una constante hispánica en los poetas españoles en el destierro, como ya aparecieron en los románticos. El centenario de Quevedo (1645-1945), que tan pocas celebraciones contó en la España oficial, lo entronca así en la viva savia de la mejor poesía española actual.

La resonancia quevediana está en los temas: constante referencia a la muerte,

("Un negro río de muerte que me arrastra
hacia la mar del imposible olvido,
recoge y desbarata mi sentido
como el del agua presa en la canasta".)

muerte prefigurada en los símbolos de "El mar", "el río", "la hoguera", "las aguas", "el viento", "el Tiempo", "herir", "quemar" y en la seguridad recortada de los adjetivos: "líquido huracán enloquecido", "frío olivar de los difuntos", "aire desatado".

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El tono de galantería es también quevediano: "marfil", "oro" como símbolos de la belleza femenina en rostro y cabellos; lo transitorio de la belleza loada, juntando el elogio con la muerte como en "Un rostro que en el nácar se miraba".

Dentro de esta tendencia general, hay en Aparicio un sensualismo arraigado que se liga continuamente al tema del desengaño —"una suma de horas infelices"— como en "Tus senos a la luna", "Una caligrafía desmentida", "La vida un barco negro que anochece".

En resumen, un libro auténtico: de poeta, de hombre de hoy y de español.

Juan Carlos Ghiano

RAZA DE BRONCE, por Alcides Arguedas. — Colección contemporánea, Editorial Losada, Buenos Aires, 1945.

Se ha impreso en Buenos Aires la tercera edición de la novela del escritor boliviano recientemente desaparecido. Las dos ediciones anteriores (Bolivia 1919 y Valencia, 1923) no llegaron a sectores amplios de público, para el cual esta reedición significa una verdadera novedad.

Esta novela indigenista tiene como aparente tema central el romance de la india Wata-Wara y el indio Agiali, romance que va adquiriendo valor simbólico hasta la profunda culminación final. La trama novelística ha permitido a Arguedas plantear con hondura y valentía el problema de los contactos humanos en la población boliviana y señalar la solución política del mismo.

En el segundo libro "El yermo" —yermo físico de la tierra y yermo de la conciencia de los amos blancos— se señala la situación desde el punto de vista de los indios:

"En todas las casas, en todas las bocas se elevó, en secreto, un coro de anatemas contra los criollos detentadores de esas sus tierras, que, por tradición habían pertenecido a sus antepasados, y de las que fueron desposeídos, hace medio siglo, cuando sobre el país, indefenso y acobardado, pesaba la ignorante brutalidad de Melgarejo" (pág. 103).

Se destaca con amplitud el proceso que dió como resultado la esclavitud del indígena en Bolivia; problema de no compenetración, de desatención. En tal sentido la novela de Arguedas adquiere el valor de un anatema contra los regímenes dictatoriales de su país: algo así como un Facundo que mostrara, en la población, las inepcias de los gobiernos condenados. La novela de Arguedas no ahorra detalles sobre la situación de su Bolivia, con la crudeza de quien siente en lo vivo a su patria; estas páginas recuerdan a algunas de Sarmiento, nuestro escritor de mayor imaginación nacional, por tanto, el más dolido por lo que debía criticar. En cuanto a los problemas de la explotación del suelo y de la inferioridad de un sector de la población, se puede comparar la novela de Arguedas con las obras más amargas de la literatura norteamericana contemporánea: **Grapes of wrath**, de Steinbeck y **Native son**, de Richard Wright.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Arguedas insiste —en su papel de abogado defensor— en la visión del amo blanco sobre el indio:

"El indio carecía para él de toda noción de sentimiento y su única superioridad sobre los brutos era que podía traducir por palabras las necesidades de su organismo. No sabía ni quería establecer distinción alguna entre los servicios de la bestia y del hombre. Sólo sabía que de ambos podía servirse por igual para el uso de sus comodidades" (página 107).

A estos dos sectores opuestos de la población —el indio y el blanco— se agrega la caracterización de un tercer elemento: el "cholo" (pág. 192 y ss.), mestizo, que quiere olvidar su parte de indio y se pone de lado de los enemigos de su raza. Esta oposición de sectores humanos no había provocado en los gobernantes bolivianos —últimos siempre en América en plantearse problemas de raíz— ningún conato de solución.

Desde nuestra situación argentina es un tanto difícil acomodar la visión a problemas como el de esta novela: la casi desaparición del elemento indígena en nuestro país puede ser la base de esta despreocupación; por otra parte, nuestro indio nos ha dejado muy poco, tal vez cierta aptitud de conciencia de una parte de nuestra población mediterránea; lo que Canal Feijóo cree que nuestro indígena defendía frente al español (**Proposiciones en torno al problema de una cultura nacional argentina**, Buenos Aires, 1944): "lo único que podía suponerse que poseyeran, descontando el general despojo que inducen su condición desarraigada, su indigencia técnica frente a las ingerencias onímodas de la naturaleza; defenderían algún bien espiritual puramente subjetivo".

Por eso el indio en nuestra literatura ha admitido tan pocos enfoques. Los dos principales están contenidos en el **Martín Fierro**: o es el enemigo que hay que alejar de las fronteras, con toda la elemental realidad que entonces tenía esta designación, o es zona de refugio, huída para el blanco acosado por el blanco, pero refugio sólo transitorio, no conquistable en comprensión.

Hoy: ni problema humano, ni problema literario; nuestros indígenas, acosados por su propia miseria, han sido escamoteados de los problemas argentinos: el ejemplo excepcional de la meditación de Canal Feijóo nos confirma este aserto. Otras veces la vuelta del problema indígena es la manifestación de un torcimiento literario-político, que se presta a otro análisis.

Arguedas —boliviano alerta— anota en el desarrollo de su novela los diversos aspectos psicológicos del indio aymara, señalando la complejidad de ese grupo de otra raza, cuya vida se dejaba transcurrir en pleno margen. El indio es desconfiado, supersticioso, en plena lucha entre sus creencias precristianas y el cristianismo mal comprendido e indignamente representado; es amigo de las alegrías ruidosas y de las celebraciones; tiene un profundo sentido de la tierra, cuyo paisaje es el único que sabe reconocer en amplitud de horizontes ilimitados;

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

el amor a la tierra lo hace paciente frente a las injurias del amo. Su actitud frente al problema vital podría sintetizarse en esta pregunta: "—¿Y adónde iríamos que no tengamos que servir?" (pág. 21).

La rebelión callada, de gestos y turbaciones, culmina en la redención por el fuego, hijo del Sol, la vieja divinidad indígena, con el simbolismo que adquiere en las líneas finales de la novela:

"El fulgor último de la postrera llama... El ladrido medroso de un can... El distante chillar de un leke-leke...

Y el silencio terrible, preñado de congojas, misterioso...

Una raya amarillenta rasgó la negra bóveda hacia el naciente. Tornóse lívida primero, luego rosa, y anaranjada después.

Entonces, sobre el fondo purpurino se diseñaron los picos de la cordillera; las nieves derramaron el puro albor de su blancura, fulgieron luego intensas.

Y sobre la cumbre cayó lluvia de oro y diamantes.

El sol..."

El sol y la naturaleza que destacan su papel de protagonistas del drama indígena.

Por eso el paisaje boliviano es designado con una lujosidad muy característica en Arguedas: colores, aromas, juegos de luz; animales y flora, etc. Algunos paisajes con la visión de una permanencia casi eterna; otros, vistos muy dentro de los caracteres de la descripción impresionista, tan en boga hacia la época en que fué escrita esta novela.

El tema del silencio —importante en la arquitectura de la novela — aparece caracterizado con frecuencia:

"Era un silencio penoso, enorme, infinito. Pesaba sobre el ambiente con dolor" (pág. 63).

En novela de este tipo abunda la anotación de los detalles peculiares de la vida indígena: la fiesta del **chaula-katu**, ofrenda a los dioses lacustres; los funerales de un **kamiri** o adinerado; el **alma-despachu**, ceremonia de alejamiento del fantasma nefasto de un muerto; una boda; la elección de un nuevo **hilacata**; una fiesta de alferazgo.

La amargura detallada y constructiva de esta novela alcanzó al blanco apuntado: Arguedas lo consigna en nota final:

"Este libro ha debido en más de veinte años obrar lentamente en la conciencia nacional, porque de entonces a esta parte y sobre todo en estos últimos tiempos, muchos han sido los afanes de los poderes públicos para dictar leyes protectoras del indio, así como muchos son los terratenientes que han introducido maquinaria agrícola para la labor de sus campos, abolido la prestación gratuita de ciertos servicios y levantado escuelas en sus fundos.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

"Un congreso indigenal tenido en mayo de este año en 1945 y prohijado por el Gobierno ha adoptado resoluciones de tal naturaleza que el paria de ayer va en camino de convertirse en señor de mañana...

"Los cuadros y las escenas aquí descriptos, tomados todos de la verídica realidad de ayer, difícilmente podrían reproducirse hoy día, salvo en detalles de pequeña importancia. Y es justo decirlo".

Todos los caracteres de planteo social que hemos anotado en esta novela se reproducen —con la adecuación a cada país— en las novelas americanas más representativas: **La vorágine**, del colombiano Rivera; **Doña Bárbara**, de Gallegos; **Los de abajo**, de Azuela; **Don Segundo Sombra**, de nuestro Güiraldes, por no citar sino los nombres más conocidos.

Todas son novelas realistas en el prístino sentido de la palabra, por tanto novelas de la tierra. La imaginación nacional ha atendido en estas novelas al drama del paisaje vacío o casi vacío de obra humana, por tanto choque del hombre con su medio, drama muy americano, intransferible en tal sentido a escenario europeo. El paisaje se consigna con delectación, se lo siente cercano, tan fuerte como el hombre; característica consignación de lo que Arguedas llama "verídica realidad" en problemas, costumbres, trabajos rurales, etc., siempre dentro de la técnica propia de cada novelista, pero con la no eliminación de detalles que persiste en la novelística regional americana.

En estas novelas los personajes centrales no son protagonistas en el sentido lato del término, sino representantes de un grupo humano, de una clase social; de ahí deriva su significado novelístico. En último término, estas novelas son verdaderos documentos sociales y han sido expresamente escritas con tal sentido; no que la trama novelística brinde las posibilidades de un estudio de la sociedad representada, sino que sus autores han querido que el problema social sea la base del relato novelesco.

Arguedas había pubicado ya un profundo ensayo sociológico e histórico sobre la realidad boliviana: **Pueblo enfermo** (1913), pero **Raza de bronce** le sirvió para dar mayor amplitud de alcance al problema defendido; su nota final fechada en 1945 no deja duda al respecto.

Un rasgo diferencial: dentro de las novelas antes citadas, **Don Segundo Sombra** es tan nacional como las otras, pero en ella el problema social —la proyección consciente buscada por el escritor— no aparece; podría afirmarse que la obra de Güiraldes es desinteresada en tal sentido, más literatura que las otras. Si se amplía esta observación a la novelística argentina puede resultar un sector importante de caracterización de nuestra cultura. Después de Payró, ningún novelista argentino ha sentido nuestros problemas sociales como sintieron los de su país un Arguedas, un Gallegos, un Azuela; además, nuestra novelística problemática actual —por ejemplo Mallea— atiende más al problema individual que al social. Todo un síntoma argentino que merece más amplia preocupación.

Juan Carlos Ghiano.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LOS COLABORADORES DE ESTE NUMERO

RENATA DONGHI HALPERIN:

Ver "Cursos y Conferencias", año VII, volumen XIII, números 5-6, agosto-setiembre de 1938.

RODOLFO PUIGGROS:

Nació en Buenos Aires, el 19 de noviembre de 1906. Cursó sus estudios en la Facultad de Ciencias Económicas. Ha publicado las siguientes obras: "De la Colonia a la Revolución", "La herencia que Rosas legó al país", "Rosas el pequeño", "Historia económica del Río de la Plata", "Los caudillos de la Revolución de Mayo", "Los enciclopedistas".

Cursos en el Colegio: Rosas; El noventa; Mariano Moreno.

JOSE A. GILLI:

Nació en Buenos Aires, en 1893. Egresó de la Universidad de Buenos Aires con el título de Ingeniero Civil. Realizó un viaje de estudios de más de tres años de duración recorriendo Norteamérica, Francia, Suiza, Bélgica e Italia. Siguió cursos especiales en el Laboratorio Eiffel, en el Conservatoire des Artes et Metiers de Paris y en la Escuela superior de Verviers (Bélgica) y diversos "stages" en fábricas de esos países.

Es Profesor de Economía y Organización Industrial en la Facultad de Ciencias Económicas de Buenos Aires y Director de la Escuela Industrial de la Nación (Oeste), cargo obtenido por concurso en 1934 a propuesta de un jurado presidido por el decano de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Buenos Aires. Ex-Director del Instituto de Estudios y Conferencias Industriales de la Unión Industrial Argentina y ex-Director del Instituto de Enseñanza Profesional de las Industrias Textiles Argentinas.

Ha ocupado la cátedra del Colegio Libre en diversas oportunidades, cuya Tesorería desempeña actualmente.

Obras: "El Taylorismo"; "Los salarios modernos"; "La Fábrica, de Marx a Ford"; "Teoría de las Armuras"; "Lecciones de Estática Gráfica"; "La Teoría de Einstein", etc.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

FRANCISCO ROMERO:

Ver "Cursos y Conferencias", año XI, volumen XXII, números 131-132, febrero-marzo de 1943.